

La
Joven Alemania
quiere
Trabajo y Paz

La Joven Alemania quiere Trabajo y Paz

Discursos del Canciller

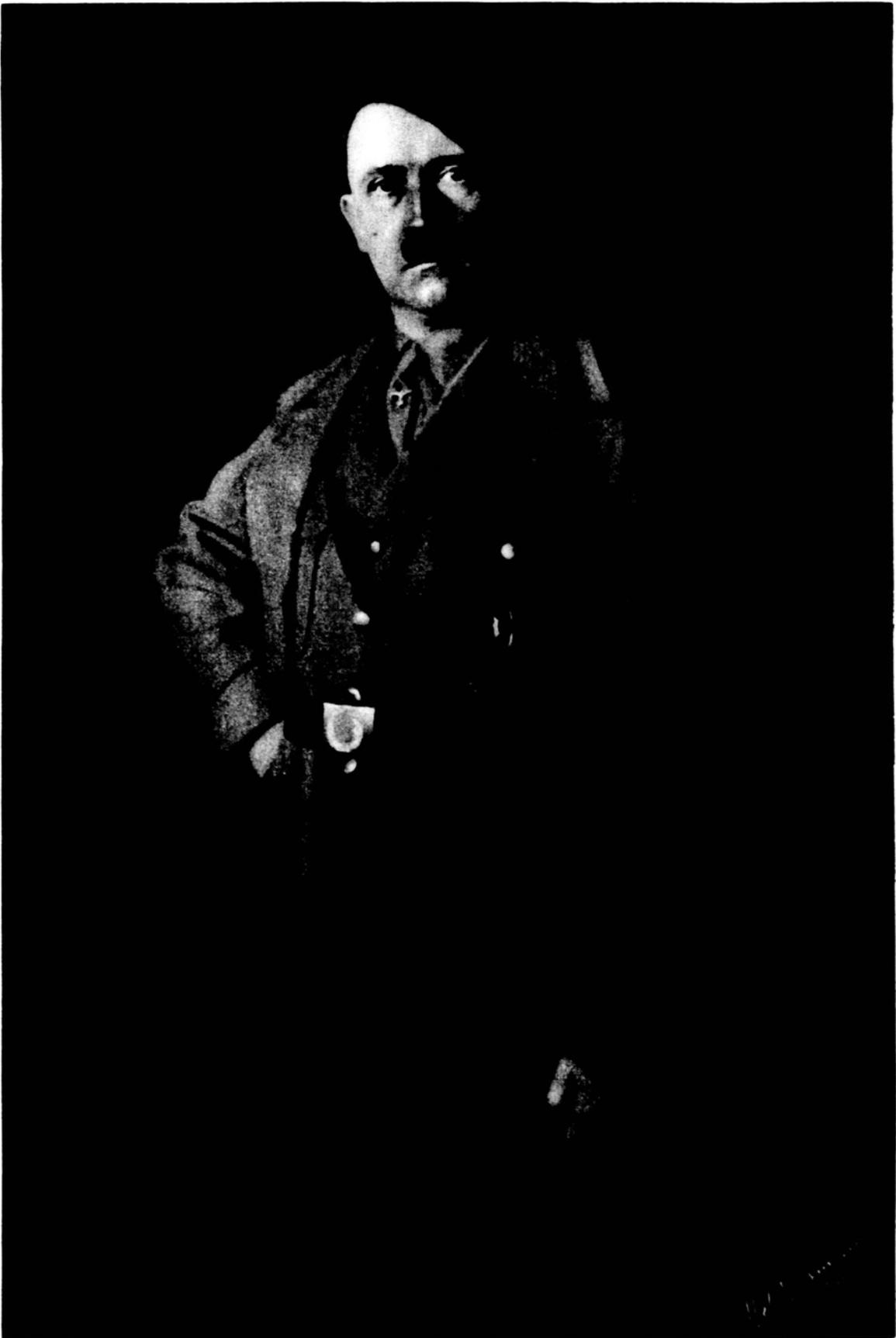
Adolf Hitler

jefe de la nueva Alemania

**Con un prólogo del
Dr. Joseph Goebbels**

Editorial e Imprenta: Liebheit & Thiesen, Berlin

Printed in Germany



El Cancellor Adolf Hitler

Según la lámina, aprobada oficialmente, de Heinrich Hoffmann, Munich-Berlin

PROLOGO

« La joven Alemania quiere trabajo y paz »

He aquí el título de una colección de los discursos pronunciados por el Canciller *Adolf Hitler* ante el pueblo alemán después de haber subido al poder el 30 de Enero de 1933. Que esta Alemania quiere *trabajo*, es cosa que no necesitamos demostrar primero. Casi *a cinco millones* asciende en Alemania el número de personas que anhelan volver al puesto que perdieron en fábricas u oficinas. Sus manos descansan bajo la terrible carga de la *enfermedad de nuestros tiempos: la falta de trabajo*. Los gobiernos pasados, los que con su sistema fueron relevados por el *nacionalsocialismo*, no *podían* ni *sabían* cómo hacer frente a este nuevo espectro del hambre. El *Gobierno del Canciller Hitler* ha puesto manos a la obra y trazado un grandioso plan para *hacerle la guerra a la falta de trabajo*. No pretende hacerlo con la ayuda de extraños ni imitar el proceder de sus antecesores yendo de puerta en puerta para que se le dé la *protección y el auxilio* que reclaman las circunstancias. Como el nuevo Gobierno sabe que en todas partes reinan la crisis y la desesperación, se ha propuesto atacar de frente al mal a su *modo* y sin más auxilio que el de sus *propias* iniciativas. *Los dos millones* que en estos últimos meses han vuelto a sus puestos de trabajo son seguramente la mejor prueba de que las tentativas de *Hitler* de detener el aterrador fantasma de la falta de trabajo no han *sido inútiles*.

Esta joven Alemania no quiere sólo *trabajo*, desea también la *paz*. Por boca del *Canciller* ha manifestado en el Reichstag a la

faz del mundo que no la mueven *propósitos de agresión* de ningún género, que no quiere provocar ni causar la confusión en ninguna parte. En calma, animada de sentimientos de pura moralidad, sólo anhela tener trabajo para asegurarse así el *pan de todos los días*. Desarmada e inermes, la joven Alemania no cuenta con otro medio de convicción que su *trabajo y su laboriosidad*, y espera que el mundo sepa y quiera comprender su situación actual.

Al declarar Alemania que no firmará tratados ni convenios *imposibles de cumplir*, lo hace para demostrar su propósito de *cumplir fiel y efectivamente cuantos tratados lleven su firma*. Es una *Alemania del orden, de la autoridad y de la disciplina* la que ha despertado Hitler y su movimiento y la que hoy se dirige al mundo entero pidiendo confianza y rogando se den cuenta de lo que es y lo que quiere.

El mundo la sigue viendo con desconfianza, sigue, prescindiendo de unos cuantos hombres que han tenido el valor de ver frente a frente los hechos tal como ellos son, sumido en una plena o casi plena incomprensión del *sentido de las cosas* que se han desarrollado en Alemania. Tal vez abra los ojos para ver *los poderosos acontecimientos de la revolución alemana* cuando ya sea muy tarde, cuando la *miseria y la penuria* de Europa hayan adquirido proporciones tales, que en todas partes empiece a comprenderse que sin la *comprensión ni el respeto de las naciones entre sí no habrá medio de que reine la paz en el mundo y el espectro de la falta sin trabajo se cierne de nuevo sobre todos los pueblos de la creación*.

Los discursos pronunciados por Hitler desde el 30 de Enero de 1933 son documentos elocuentes de la voluntad que tiene Alemania de trabajar y conservar la paz. ¡Ojalá que el mundo aprenda por lo menos una cosa: que el pueblo alemán merece de los otros pueblos el mismo respeto que le vuelve a infundir hoy su propia valía!

Dr. Joseph Goebbels

INDICE

Llamamiento del Gobierno del Reich al Pueblo alemán el 1 de Febrero de 1933	5
Discurso del Presidente von Hindenburg con motivo de la apertura del Reichstag el 21 de Marzo de 1933	10
Discurso del Canciller Adolf Hitler	
1. con motivo de la apertura del Reichstag el 21 de Marzo de 1933	11
2. ante el Reichstag el 23 de Marzo de 1933	15
3. ante la Agricultura alemana el 5 de Abril de 1933	27
4. el Día del Trabajo Nacional el 1 de Mayo de 1933	31
5. en el Congreso del Frente del Trabajo alemán el 10 de Mayo de 1933	39
6. ante el Reichstag el 17 de Mayo de 1933	56
7. ante los Gobernadores regionales el 6 de Julio de 1933	68

Llamamiento del Gobierno del Reich al Pueblo Alemán

Berlín 1 de Febrero de 1933*).

Más de 14 años han transcurrido desde el infortunado día en que el pueblo alemán, deslumbrado por promesas que le llegaban del interior y del exterior, lo perdió todo al dejar caer en el olvido los más excelsos bienes de nuestro pasado: la unidad, el honor y la libertad. Desde aquel día en que la traición se impuso, el Todopoderoso ha mantenido apartada de nuestro pueblo su bendición. La discordia y el odio hicieron su entrada. Millones y millones de alemanes pertenecientes a todas las clases sociales, hombres y mujeres, lo mejor de nuestro pueblo, ven con desolación profunda cómo la unidad de la nación se debilita y se disuelve en el tumulto de las opiniones políticas egoistas, de los intereses económicos y de los conflictos doctrinarios.

Como tantas otras veces en el curso de nuestra historia, Alemania ofrece desde el día de la Revolución un cuadro de discordia desolador. La igualdad y la fraternidad prometidas no llegaron nunca, pero en cambio perdimos la libertad. A la pérdida de la unidad espiritual, de la voluntad colectiva de nuestro pueblo, siguió la pérdida de su posición política en el mundo.

Calurosamente convencidos de que el pueblo alemán acudió en 1914 a la gran contienda sin la menor noción de haberla provocado, antes bien movido por la única preocupación de defender la nación atacada, la libertad y la existencia de sus habitantes, vemos en el terrible destino que nos persigue desde noviembre de 1918 la consecuencia exclusiva de nuestra decadencia interna. Pero el resto del mundo se encuentra asimismo conmovido desde entonces por crisis no menos graves. El equilibrio histórico de fuerzas, que en el pasado contribuyó no poco a revelar la necesidad de una interna solidaridad entre las naciones, con todas las felices consecuencias económicas que de ella resultan, ha sido roto.

La

Idea Ilusoria de Vencedores y Vencidos

destruye la confianza de nación a nación y, con ello, la economía del mundo. Nuestro pueblo se halla sumido en la más espantosa miseria. A los millones de sin trabajo y hambrientos del proletariado industrial, sigue la ruína de toda la clase media y de los pequeños industriales y comerciantes. Si esta decadencia llega a apoderarse también por completo

*) Texto oficial.

de la clase campesina, la magnitud de la catástrofe será incalculable. No se tratará entonces únicamente de la ruína de un Estado, sino de la pérdida de un conjunto de los más altos bienes de la cultura y la civilización, acumulados en el curso de dos milenios.

Amenazadores surgen en torno nuestro los signos que anuncian la consumación de esta decadencia. En un esfuerzo supremo de voluntad y de violencia trata el comunismo, con sus métodos descarriados, de envenenar y disolver definitivamente el espíritu del pueblo, desarraigado y perturbado ya en lo más íntimo de su ser, para llevarlo de este modo a tiempos que, comparados con las promesas de los actuales predicadores comunistas, habrían de resultar mucho peores todavía que no lo fué la época que acabamos de atravesar en relación con las promesas de los mismos apóstoles en 1918.

Empezando por la familia y hasta llegar a los eternos fundamentos de nuestra moral y de nuestra fe, pasando por los conceptos de honor y fidelidad, pueblo y patria, cultura y riqueza, nada hay que sea respetado por esta idea exclusivamente negativa y destructora. *14 años de marxismo han llevado a Alemania a la ruína. Un año de bolchevismo significarla su destrucción.* Los centros de cultura más ricos y más ilustres del mundo quedarían convertidos en un caos. *Los males mismos de los últimos 15 años no podrían ser comparados con la desolación de una Europa en cuyo corazón hubiese sido levantada la bandera roja de la destrucción.* Los millares de heridos, los incontables muertos que esta guerra interior ha costado hasta hoy a Alemania, pueden ser considerados como el relámpago advertidor de la tempestad cercana.

En estas horas de preocupación dominante por la existencia y el porvenir de la nación alemana, nosotros, los hombres de los partidos y ligas nacionales, hemos recibido el llamamiento del anciano jefe de nuestros ejércitos en la guerra mundial, para que una vez más, en el hogar de la patria ahora, como antes en el frente, nos aprestáramos a luchar bajo sus órdenes por la salvación del Reich. Al sellar para este fin con nuestras manos una alianza común, respondiendo a la generosa iniciativa del Presidente del Reich, hacemos como jefes de la Nación, ante Dios, ante nuestras conciencias y ante nuestro pueblo, la promesa de cumplir con decisión y perseverancia la misión que en el Gobierno Nacional nos ha sido confiada.

La herencia que recogemos es terrible.

La tarea que hemos de acometer en busca de una solución es la más difícil que, de memoria humana, ha sido impuesta a hombres de estado alemanes. La confianza que a todos nos inspira es, no obstante, ilimitada: porque tenemos fe en nuestro pueblo y en los valores imperecederos que atesora. Campesinos, obreros y burgueses, han de aportar de consuno las piedras necesarias para la edificación del nuevo Reich.

El Gobierno Nacional considerará, por lo tanto, como su primera y principal misión, *el restablecimiento de la unidad en el espíritu y en la voluntad de nuestro pueblo.* Vigilará y defenderá los cimientos en que se funda la fuerza de nuestra nación. *El cristianismo, como base de nuestra*

moral, y la familia, como célula germinal del pueblo y del estado, gozarán de su protección más decidida. Por encima de todas las clases y estamentos se propone devolver a nuestro pueblo la conciencia de su unidad nacional y política y de los deberes que de ella se derivan. Quiere hacer del respeto a nuestro gran pasado y del orgullo por nuestras viejas tradiciones la base para la educación de la juventud alemana. Con ello declara una guerra sin cuartel al nihilismo espiritual, cultural y político. Alemania no debe ni quiere hundirse en el comunismo anarquista.

En lugar de los instintos turbulentos se propone el Gobierno elevar de nuevo la disciplina nacional a la categoría de elemento rector de nuestra vida. Al hacerlo así prestará el Gobierno su máxima atención a todas aquellas instituciones que son los verdaderos baluartes de la fuerza y de la energía nacionales.

El Gobierno Nacional resolverá el gran problema de la *reorganización económica* de nuestro pueblo por medio de *dos grandes planes cuatrienales*:

Protección eficaz a la clase campesina como medio para mantener la base de la subsistencia material y, con ello, de la vida misma de la nación.

Protección eficaz a los obreros alemanes por medio de una campaña enérgica y general contra el paro forzoso.

En 14 años los partidos de la revolución de noviembre han *arruinado a la clase campesina* alemana.

En 14 años *han creado un ejército de millones de obreros en paro forzoso.*

El Gobierno Nacional llevará a cabo con férrea decisión e infatigable constancia el plan siguiente:

Dentro de cuatro años el campesino alemán debe haber sido arrancado a la miseria.

Dentro de cuatro años el paro forzoso debe haber sido definitivamente vencido.

Con ello han de producirse, al propio tiempo, las *condiciones previas para el florecimiento de las demás actividades económicas.*

A la par que esta tarea gigantesca de saneamiento de nuestra economía, el Gobierno Nacional acometerá el *saneamiento del Reich, de los estados autónomos y de los municipios, en su administración y en su sistema tributario.*

Únicamente así llegará a ser una realidad de carne y hueso el *mantenimiento del Reich sobre la base del principio federativo.*

La *colonización interior* y el *servicio obligatorio de prestaciones de trabajo al Estado* figuran entre los pilares básicos de este programa.

Pero la preocupación por el pan cotidiano irá también acompañada del *cumplimiento de los deberes sociales en los casos de enfermedad y de vejez.*

En la economía de la administración, el fomento del trabajo, la protección a nuestra clase campesina, así como en el aprovechamiento de las iniciativas individuales reside al propio tiempo la mejor garantía para *evitar cualquier experimento que pueda poner en peligro nuestra moneda.*

En política exterior, entenderá el Gobierno Nacional que su principal misión consiste en la defensa de los derechos vitales de nuestro pueblo, unida a la reconquista de su libertad. Dispuesto a acabar con la situación caótica que Alemania atraviesa, contribuirá con ello a incorporar en la comunidad de las naciones, *un Estado de igual valor* que los demás, pero al mismo tiempo también *con iguales derechos*. El Gobierno se siente a este respecto animado por la grandeza *del deber que le incumbe de contribuir en nombre de este pueblo libre e igual a los demás, al mantenimiento y consolidación de una paz* que el mundo necesita hoy más que nunca.

Ojalá que la comprensión de los demás ayude a que este sincerísimo deseo nuestro pueda verse cumplido en beneficio de Europa y del mundo.

Grande es el amor que sentimos por nuestro ejército, como portador de nuestras armas y símbolo de nuestro gran pasado, pero si el mundo se decidiera a realizar *una limitación de sus armamentos* que hiciese innecesario para siempre todo aumento de nuestras armas, en ello habríamos de encontrar un motivo de complacencia.

Pero para que Alemania *pueda ver realizada su regeneración* política y económica, para que *pueda llenar a conciencia sus obligaciones* frente a los demás países, es condición previa indispensable que

sea vencido en Alemania el comunismo disolvente.

Los hombres que formamos el presente Gobierno tenemos conciencia ante la historia alemana de que nos corresponde la responsabilidad de lograr la orgánica restauración del pueblo y vencer, con ello, definitivamente las ideas descarriadas de clase y de lucha de clases. No nos interesa una clase social determinada, sino el pueblo alemán entero, sus millones de campesinos, burgueses y obreros, que juntos habrán de superar la adversidad presente, o juntos habrán de ser sus víctimas.

Con decisión y fieles a nuestro juramento queremos acudir directamente al pueblo alemán, vista la incapacidad del actual Reichstag para hacerlo, al objeto de que nos preste su apoyo en la tarea que nos proponemos realizar.

Al llamarnos, el Presidente del Reich, mariscal von Hindenburg, nos ha dado la orden de ofrecer a la Nación, con nuestra unanimidad, la posibilidad de rehacerse.

Apelamos, por consiguiente, al pueblo alemán para que venga a refrendar, con su propia firma, este acto de conciliación.

El Gobierno del levantamiento nacional quiere trabajar y trabajará.

Los 14 años de ruina nacional no son obra suya. Quiere, al contrario, volver a llevar la nación alemana por caminos ascensionales.

Está decidido a reparar en 4 años los daños que durante 14 años han sido causados.

Pero lo que el Gobierno no puede hacer es someter esta labor de regeneración *a la aprobación de aquellos que provocaron la catástrofe.*

Los partidos marxistas y sus colaboradores han dispuesto de 14 años para poner a prueba sus capacidades.

El resultado es un campo de ruinas.

Pedimos ahora al pueblo alemán que nos conceda un plazo de cuatro años antes de juzgar y de juzgarnos.

Fieles a la orden del Mariscal estamos dispuestos a comenzar la labor. Quiera Dios conceder su gracia a nuestra obra, orientar rectamente nuestra voluntad, bendecir nuestras intenciones y colmarnos con la confianza de nuestro pueblo. ¡No combatimos en interés propio, sino por Alemania!

El Gobierno del Reich

Adolf Hitler, von Papen, Freiherr von Neurath, Dr. Frick, Graf Schwerin von Krosigk, Dr. Hugenberg, Seldte, Dr. Gürtner, von Blomberg, Eltz von Rübenach, Göring.

Presidente del Reich von Hindenburg

en Potsdam, el 21 de marzo de 1933

con motivo de la apertura del Reichstag de la Revolución Nacional*).

Por mi decreto del 1 de febrero de este año *dispuse la disolución del Reichstag*, al objeto de que el pueblo alemán pudiera *pronunciarse directamente sobre el nuevo Gobierno de concentración nacional*. En las elecciones para el Reichstag del 5 de marzo nuestro pueblo dió una *clara mayoría a ese Gobierno llamado al poder por mi confianza* y con ello le procuró la *base constitucional* para su labor.

Diffíciles y diversas son las tareas que les aguardan, a Vd., señor Canciller, y a Vds., Señores Ministros del Reich, en política interior y en política exterior, en la economía nacional y en el plano internacional. Habrán de resolverse graves cuestiones y deberán ser tomadas *decisiones importantes*. Me consta que tanto el Canciller como el Gobierno acometerán la solución de estos problemas con firme voluntad y espero de Vds., los miembros del nuevo Reichstag, que, reconociendo la realidad de la situación y sus necesidades, se coloquen *detrás del Gobierno* y pongan cuanto esté de su parte para facilitarle su labor.

El lugar**) donde nos encontramos hoy reunidos nos invita a volver nuestras miradas hacia la vieja Prusia que, inspirándose en el temor de Dios, se hizo grande gracias *al trabajo y al cumplimiento del deber, a su valor nunca desmentido y a su patriotismo acrisolado*, y realizó sobre esta base *la unidad de los pueblos germánicos*. *Ojalá que el viejo espíritu de este lugar de gloria anime también a la generación presente y nos haga libres del egoísmo y de la discordia partidista para unirnos y llevarnos hacia el recobramiento de la conciencia nacional y hacia la renovación espiritual en beneficio de una Alemania unida, libre, digna y grande*.

Con la expresión de este deseo *saludo al Reichstag en el comienzo de la nueva legislatura y*

concedo la palabra al Señor Canciller.

*) Texto oficial.

**) A causa del atentado incendiario comunista contra el edificio del Reichstag, la apertura del nuevo Reichstag tuvo lugar en la Iglesia de la Guarnición de Potsdam, donde descansan los restos mortales de Federico el Grande.

Canciller Adolf Hitler*).

¡Señor Presidente del Reich! ¡Señoras y señores, diputados del Reichstag!

Desde hace años vive nuestro pueblo bajo el peso de hondas preocupaciones.

Después de un período de orgullosa ascensión, de florecimiento y de prosperidad en todos los aspectos de nuestra vida, han vuelto a penetrar en nuestro país, como tantas otras veces en el pasado, la miseria y la pobreza.

A pesar de su industria y amor al trabajo, de su decisión, de su inteligencia y buena voluntad, buscan en vano millones de alemanes el pan de cada día. La vida económica languidece, la hacienda está desorganizada, millones de hombres carecen de trabajo.

El mundo sólo conoce el aspecto externo de nuestras ciudades, pero no ve las miserias y calamidades.

Dos mil años hace que nuestro pueblo vive acompañado de ese destino incierto. A las épocas de prosperidad siguen una y otra vez las de decadencia. Las causas fueron siempre las mismas. Dominado por la descomposición interna, dividido espiritualmente, disperso en la voluntad y, por lo tanto, impotente para la acción, el pueblo alemán se encuentra desprovisto de energías para afirmar su propia existencia. Sueña con la justicia en un mundo ideal y pierde el contacto con la realidad.

Pero cuanto mayor es la decadencia del pueblo y del Estado y más debil, por consiguiente, la defensa y protección de la vida nacional, con tanta mayor fuerza se ha procurado siempre hacer de la pobreza una virtud. La teoría del valor peculiar de cada uno de los grandes linajes o familias germánicas era como un obstáculo para llegar al reconocimiento de la necesidad de formar una voluntad común. Finalmente no les quedaba a los alemanes más camino abierto que el de la exploración de su propio espíritu. Pueblo de músicos, de poetas y pensadores, soñaba en un mundo que para los demás pueblos era la realidad misma y únicamente ante los embates sin piedad de la miseria y de la desgracia, llegaba a surgir de la emoción artística *la nostalgia de un nuevo impulso, de una nueva afirmación nacional y, con ello, de una vida nueva.*

Cuando a las ansias intelectuales de la nación alemana hizo seguir Bismarck la unidad política, pareció que había de haber terminado para siempre el largo período de discordias y guerras civiles entre alemanes. Fiel a la proclama del Emperador, nuestro pueblo contribuyó a fomentar los bienes de la paz, de la cultura y

*) Texto oficial.

de la civilización humana. El sentimiento de su fuerza estuvo siempre unido a la responsabilidad profundamente sentida por *la vida común de las naciones europeas*.

Esta época de unidad política y militar de los pueblos alemanes coincide con los comienzos de un *proceso ideológico de disolución* de la conciencia nacional, cuyas funestas consecuencias se hacen sentir todavía.

Y esta decadencia interna de la nación se convirtió una vez más, como tantas otras, en aliada del mundo exterior. La revolución de noviembre de 1918 terminó un combate al cual la nación alemana acudió llevada por el sacratísimo convencimiento de que con ello no hacía más que defender su libertad y su derecho a la vida.

La Culpabilidad de Alemania en la Guerra es una Calumnia.

Porque ni el Emperador ni el Gobierno ni el Pueblo habían querido la guerra. Únicamente la caída de la nación, el desmoronamiento general, pudieron obligar a una generación débil a aceptar *contra su leal saber y su sagrado convencimiento la imputación de nuestra culpabilidad*.

Este derrumbamiento fué seguido de la decadencia en todos los órdenes. Moral y materialmente, intelectual y económicamente, nuestro pueblo descendió cada día más bajo.

Y lo peor de todo fué la destrucción de la fé en la propia fuerza, la degradación de nuestras tradiciones y, con ello, la ruína de toda base firme para la confianza.

Crisis interminables han trastornado desde entonces la vida de nuestro pueblo.

Pero la felicidad y la riqueza del resto del mundo no han aumentado tampoco por el hecho de que haya quedado política y económicamente roto un eslabón esencial en la comunidad de los Estados.

De la extravagante teoría que pretende *perpetuar la noción de vencedores y vencidos*, surgió la *locura de las reparaciones* y a consecuencia de ella *la catástrofe de la economía mundial*.

Mientras de este modo el pueblo y la nación alemana se hundían en la división y en la discordia internas y la vida económica marchaba hacia la ruina, empezaba por otra parte la nueva concentración de los alemanes que, animados por la fé y la confianza en sí mismos, trataban de formar una nueva comunidad.

A esa joven Alemania confiasteis Vos, señor Mariscal, el día 30 de enero de 1933, con generosa decisión, *el Gobierno del Reich*.

Llamamiento a la Nación.

Convencidos de que el pueblo debe dar también su asentimiento al nuevo orden de la vida alemana, los hombres que formamos este Gobierno Nacional acordamos dirigir *un último llamamiento a la Nación*.

El día 5 de marzo tomó el pueblo su decisión y, en su mayoría, expresó su adhesión a nuestra causa. En un levantamiento único

y en el curso de pocas semanas ha restablecido el honor nacional y gracias a vuestra comprensión, señor Presidente del Reich, ha consumado la unión entre los símbolos de la antigua grandeza y de la energía juvenil.

Al presentarse el Gobierno Nacional, en esta hora solemne, por primera vez ante el nuevo Reichstag, anuncia al propio tiempo su voluntad inquebrantable de acometer y llevar a cabo la gran obra de *reorganizar el pueblo y el Estado alemanes.*

Consciente de actuar como intérprete de la voluntad nacional, espera el Gobierno de los partidos que integran la representación popular, que al cabo de quince años de sufrimientos y miserias sean capaces de superar los estrechos doctrinarismos y dogmas partidistas y se sometan a la férrea ley que la crisis y sus amenazadoras consecuencias a todos nos imponen.

La obra que el destino exige de nosotros ha de elevarse soberanamente sobre la pequeñez y la estrechez de los recursos de la política cotidiana.

Queremos restablecer en la Nación alemana la unidad de pensamiento y de voluntad.

Queremos conservar los eternos fundamentos de nuestra vida, a saber: *nuestra personalidad como pueblo y las energías y valores a ella inherentes.*

Queremos ajustar la *organización y el Gobierno del Estado a los principios* que en todo tiempo fueron *condición previa para la grandeza de los pueblos y de las naciones.*

Queremos aliar *la confianza en las sanas y rectas normas naturales de la conducta con la firmeza en la evolución política tanto interior como exterior.*

En lugar de las continuas vacilaciones, queremos establecer un gobierno *firme* que devuelva a nuestro pueblo una *inquebrantable autoridad.*

Nos proponemos tomar en cuenta todas las experiencias que en la *vida individual y colectiva*, no menos que en la *vida económica*, hayan demostrado, en el curso de los milenios, su carácter beneficioso para la Humanidad.

Queremos restablecer la *primacía de la política*, llamada a organizar y a dirigir la lucha por la vida de la Nación.

Pero queremos también atraernos todas las fuerzas verdaderamente vivas del pueblo, porque en ellas vemos el sostén del porvenir de Alemania y a la vez que nos esforzaremos en *unir* a todos los *hombres de buena voluntad*, procuraremos *reducir a la impotencia* a cuantos pretendan *causar perjuicio* al pueblo alemán.

Sobre la base de los pueblos germánicos, de sus estamentos y profesiones, de lo que hasta hoy se han llamado clases, queremos fundar una nueva comunidad, con derecho a establecer entre los diversos intereses vitales el justo equilibrio exigido por el porvenir común de todos ellos. Campesinos, burgueses y obreros han de volver a formar *un pueblo alemán.*

Ese pueblo ha de convertirse en eterno y fiel guardador de nuestras creencias y de nuestra cultura, de nuestro honor y nuestra libertad.

Frente al mundo, y recordando la magnitud de los sacrificios de la guerra, queremos ser sinceros amigos de una paz que cure por fin las heridas de todos.

El Gobierno nacional está decidido a llenar la misión aceptada ante el pueblo alemán. Se presenta, por lo tanto, al Reichstag, animado del ferviente deseo de encontrar en él *un apoyo en el cumplimiento de esta tarea*. Procurad, señoras y señores, como representantes elegidos del pueblo, ajustar vuestros actos al espíritu de los tiempos y *colaborar a la gran obra de la regeneración nacional*.

Hindenburg como Símbolo.

Entre nosotros se encuentra hoy una anciana testa. *Nos levantamos para inclinarnos ante Vos, señor Mariscal.*

Tres veces luchasteis en el campo del honor por la existencia y el porvenir de nuestro pueblo.

Como *teniente en los ejércitos del Rey* y por la unidad alemana, en las *legiones del viejo emperador alemán* por la gloriosa realización del Reich, y *en la mayor de las guerras de todos los tiempos* como mariscal de campo por la conservación del Reich y la libertad de nuestro pueblo.

Fuisteis *testigo del nacimiento del Reich*, de la obra del *gran canciller*, de la *maravillosa ascensión de nuestro pueblo* y fuisteis después *nuestro conductor en la época extraordinaria cuyas luchas hubimos de vivir nosotros mismos por decreto del destino*.

Hindenburg, protector del levantamiento nacional.

Hoy, señor Mariscal, permite la Providencia que seáis *protector del nuevo alzamiento* de nuestro pueblo. Vuestra vida maravillosa es para todos nosotros *símbolo de la fuerza vital indestructible de la Nación alemana*. Así os está agradecida la juventud alemana y agradecidos os están también todos aquellos que *estiman vuestro asentimiento* a la obra del levantamiento de Alemania como una *bendición*. Que esta energía logre también comunicarse a la *nueva representación de nuestro pueblo, cuya apertura tiene ahora lugar*.

Quiera también la Providencia concedernos el valor y la constancia que en este recinto sagrado para todo alemán sentimos en torno nuestro, hombres que luchamos por la libertad y la grandeza de nuestro pueblo, reunidos al pie de la tumba del más grande de sus Reyes.

Canciller Adolf Hitler

ante el Reichstag el 23 de marzo de 1933.

Hombres y mujeres del Reichstag alemán:

De acuerdo con el Gobierno del Reich, el partido nacionalsocialista obrero alemán y el partido nacionalista han tenido la iniciativa de someter a vuestra deliberación *una ley para combatir la crisis en el pueblo y en el Reich*. Los motivos para esta medida extraordinaria son los siguientes:

En noviembre de 1918 las organizaciones marxistas se apoderaron mediante una revolución del poder ejecutivo. Los monarcas fueron destronados; las autoridades del Reich y de los "países", depuestas, y de este modo la *constitución, quebrantada*. El logro de la revolución en sentido material libró a los autores de la garra de la justicia. La legitimación moral la buscaban en la afirmación de que *Alemania, es decir, su Gobierno*

era responsable de la guerra.

Esta afirmación era *falsa a todas luces*. Pero las *consecuencias de estas falsas imputaciones* que se movían dentro de los intereses de nuestros antiguos enemigos fueron *la opresión violentísima de todo el pueblo alemán, y el quebrantamiento de las seguridades que se nos dieron en los 14 puntos de Wilson* llevó a Alemania, es decir, al pueblo trabajador alemán a una época de infortunio *sin límites*.

Cuantas *promesas* hicieron los hombres del noviembre de 1918 se revelaron, si no como *extravíos conscientes, como ilusiones no por eso menos condenables*. Las "*conquistas de la revolución*" no fueron, en general, agradables más que para una mínima parte de nuestro pueblo, mientras que para la inmensa mayoría, al menos en cuanto ésta tenía que ganarse el pan cotidiano con su honrado trabajo, fueron de una *tristeza infinita*. Es comprensible que el instinto de conservación de los partidos y de los hombres culpables de ese proceso, encuentre miles de paliativos y disculpas. *La mera comparación de lo conseguido por término medio en los últimos catorce años con las promesas anteriormente proclamadas es aniquiladora para los regidores responsables de ese crimen sin ejemplo en la historia alemana.*

En el transcurso de los últimos 14 años ha sufrido nuestro pueblo en todos los aspectos de la vida una decadencia que apenas cabe imaginar mayor. Teniendo en cuenta los valores básicos de nuestro pueblo alemán,

así como el acervo ya existente, político y económico, no puede decirse qué es lo que en ese tiempo hubiera podido ser peor.

El pueblo alemán, a pesar de su lentitud para la impresión y la toma de posición políticas se *ha apartado* cada vez más de las ideologías de los partidos y de las sociedades responsables a sus ojos de ese estado de cosas.

Al cabo, el número de alemanes que sentían íntimamente la *constitución de Weimar*, no obstante la sugestiva significación y el desconsiderado ejercicio del Poder, no era más que un *fragmento de la nación entera*.

El signo característico de estos 14 años fué también que — prescindiendo de naturales oscilaciones — la línea evolutiva se dirige *constantemente hacia abajo*. El deprimente conocimiento de esto fué una de las causas de la *desesperación general*. El hizo ver la necesidad de *apartarse radicalmente* de las ideas, de las organizaciones y de los hombres en quienes empezaba a reconocerse justamente y poco a poco *la causa profunda de nuestra decadencia*.

Por eso el *movimiento nacionalsocialista*, a pesar de la *más horrible represión*, pudo ir ganando cada vez más el espíritu y la voluntad de los alemanes para la *lucha defensiva*. En pocas semanas, y en unión de las demás Sociedades nacionales, *apartó* las fuerzas que dominaban desde noviembre de 1918 *colocando mediante una revolución* el Poder público en manos del Gobierno nacional. *El 5 de marzo dió el pueblo alemán su asentimiento a este acto*.

El Programa de la Reconstrucción

del pueblo y del Reich se desprende de la magnitud de la crisis de nuestra vida política, moral y económica. Penetrado del convencimiento de que este desmoronamiento tiene sus causas en males internos de nuestro organismo nacional, la finalidad del Gobierno de la revolución nacional es alejar de nuestra vida *popular* aquellos *achagues* que pudieran *impedir* en lo futuro aquella *verdadera resurrección*. La decadencia de la nación en inconciliables y opuestas ideologías, sistemáticamente provocada por el *error marxista*, supone la *destrucción de la base de toda posible comunidad de vida*.

La disolución ataca todos los fundamentos del orden social. La completa contraposición de unos a otros en cuanto a los conceptos de Estado, sociedad, religión, moral, familia, economía, abre diferencias que conducen a la guerra de todos contra todos.

Partiendo del liberalismo del siglo pasado, este proceso encuentra naturalmente su término en el caos comunista.

La movilización de los *instintos primitivos* lleva a una conexión entre las *concepciones de una idea política* y los *actos de verdaderos criminales*. Empezando por los saqueos, los incendios, los siniestros ferroviarios, los atentados, etc., todo encuentra en la idea comunista su *sanción moral*. Sólo los métodos del *terrorismo individual de la masa* han costado en pocos años al movimiento nacionalsocialista *más de 350 muertos y decenas de miles de heridos*.

El incendio del Reichstag, abortado intento de una vasta acción, no es más que un signo de lo que Europa tendría que esperar del triunfo de esa diabólica doctrina. Si hoy determinada prensa, especialmente fuera de Alemania, pretende identificar con esta infamia el levantamiento nacional de Alemania, conforme a la falsedad política que el comunismo elevó a principio, esto no puede hacer más que robustecerme en mi resolución de no omitir nada para que, con la mayor rapidez, se exple este crimen con la ejecución pública del incendiario culpable y de sus cómplices.

Ni el pueblo alemán ni el resto del mundo se han dado suficiente cuenta de las proporciones que tenía la acción premeditada por esa organización. Sólo la fulminante intervención del Gobierno impidió una evolución que de haber tenido una salida catastrófica hubiera conmovido a toda Europa. Muchos de los que hoy fraternizan, dentro y fuera de Alemania, con los intereses del comunismo, por odio al resurgimiento nacional, hubieran sido ellos mismos víctimas de semejante evolución.

La suprema misión del Gobierno nacional será *extirpar por completo y eliminar en nuestro país* este fenómeno, no sólo en interés de Alemania, sino en interés del resto de Europa.

El Gobierno nacional no perderá de vista que no se trata aquí del problema negativo de esas organizaciones, sino de *la labor positiva de ganar al obrero alemán para el Estado nacional*. Sólo el restablecimiento de una verdadera comunidad del pueblo que se alce sobre los intereses y las diferencias de estados y de clases puede a la larga privar de base de sustentación a esos extravíos del espíritu humano. La formación de ese frente ideológico del cuerpo nacional alemán es tanto más importante cuanto que sólo él hace posible el mantenimiento de relaciones amistosas con las potencias extranjeras, sin consideración a las tendencias o a los principios ideológicos imperantes en ellas, ya que la *extirpación del comunismo en Alemania es una cuestión privada alemana*. El resto del mundo puede tener también en ello un gran interés, pues la explosión de un caos comunista en el espesamente poblado Reich alemán acarrearía consecuencias políticas y económicas, especialmente en el resto de la Europa occidental, cuyas proporciones son inimaginables. El interno desmoronamiento de nuestra comunidad popular condujo necesariamente a un debilitamiento cada vez más grave de la *autoridad del alto mando del Estado*. La depresión del prestigio del Gobierno, resultante necesaria de ese Estado interno de incertidumbre, llevó a diferentes partidos en algunos "países" ideas incompatibles con la unidad. Con toda consideración a las tradiciones de los "países" no puede uno desechar el acerbo conocimiento de que el grado de fraccionamiento de la vida pública en el pasado no sólo no fué provechoso para nuestro pueblo frente al mundo y frente a la vida, sino que fué verdaderamente pernicioso.

No es misión de un Gobierno superior entregar posteriormente las formaciones orgánicas al principio teórico de un *unitarismo desenfrenado*. Pero es su deber poner fuera de toda duda esa *unidad de espíritu y de voluntad del mando de la nación y, de este modo, la idea del Reich en sí*.

La prosperidad de nuestros municipios y "países", necesita, como la existencia de cada individuo alemán, la protección del Estado. Por

consiguiente, el Gobierno del Reich no se propone *eliminar los "países" con una ley de poderes discrecionales*. Pero adoptará aquellas medidas que, de ahora para siempre, garanticen *igualdad* de intención política en el Reich y en los "países". Cuanto mayor sea el acuerdo de espíritus y de voluntades, tanto menos interés tendrá en lo sucesivo el Reich en forzar la vida *particular de cada país cultural y económicamente*. Completamente imposible es esa mutua denigración que se presentó en los últimos tiempos entre Gobiernos del Reich y de los "países" valiéndose del moderno instrumento de la propaganda popular. No soportaré en ningún caso, y el Gobierno del Reich adoptará todas las medidas para que, en lo sucesivo, no haya ministros de Gobiernos alemanes que a la faz del mundo, en asambleas públicas e incluso utilizando la radiotelefonía, *se acusen o se denigren mutuamente*.

Conduce también a un *total desprecio* de las corporaciones legislativas a los ojos del pueblo el que, aun en tiempos normales, en el espacio de cuatro años, ya en el Reich, ya en los diferentes "países", haya sido llamado el pueblo a las urnas 20 veces. El Gobierno del Reich encontrará modo de conseguir que la *expresión de la voluntad de la nación hecha una vez para el Reich y para los "países" produzca consecuencias uniformes*. Una amplia

Reforma del Reich

no será más que el resultado de una evolución vital. Su finalidad debe ser la *construcción de una constitución que funda la voluntad del pueblo con la autoridad de un mando verdadero*. *La legitimación de una reforma constitucional semejante procederá del pueblo mismo*.

El Gobierno de la revolución nacional considera como su deber fundamental, respondiendo al sentido del voto de confianza que el pueblo le dió, *alejar* del influjo en la conformación de la vida nacional aquellos elementos que premeditadamente la niegan. La igualdad teórica ante la ley no puede llevar a *tolerar en nombre de ella* a los que por principio menoscaban las leyes e incluso a *entregarles la libertad de la nación* en nombre de doctrinas democráticas. El Gobierno, empero, reconocerá la igualdad ante la ley de todos aquellos que se alisten contra ese peligro detrás de los intereses nacionales en el frente de nuestro pueblo y no fallen en el apoyo al Gobierno.

Desde luego nuestra inmediata tarea será la de *llamar a responsabilidad a los directores espirituales de esas tendencias aniquiladoras* y la de *salvar*, en cambio, las víctimas *seducidas*.

En los millones de obreros alemanes que reverencian esas ideas de insensatez y de suicidio vemos especialmente el resultado, y no otra cosa, de una *imperdonable debilidad de los Gobiernos anteriores* que no impidieron la difusión de ideas cuya realización práctica sometieron a *castigo* ellos mismos. El Gobierno no se dejará extraviar por nadie en la resolución de resolver este problema. Ahora es cuestión del Reichstag tomar por su parte una posición franca. Esto no modifica en nada la *suerte del comunismo* y de las organizaciones que fraternizan con él. El Gobierno nacional no inspira para ello sus medidas bajo otro ángulo

que el de precaver de una miseria sin nombre al pueblo alemán y, ante todo, a sus millones de hombres trabajadores.

Por eso el Gobierno nacional, ante este estado de cosas, considera por ahora la cuestión de una

restauración monárquica

como fuera de discusión. El intento de resolver este problema por sí mismo en algún "país" sería considerado como un ataque a la unidad del Reich y se procedería en consecuencia.

Al mismo tiempo que esta desinfección política de nuestra vida pública procurará el Gobierno del Reich un enérgico

saneamiento moral del pueblo.

Todo el aparato educativo, teatro, film, literatura, prensa, radiotelefonía, servirá de medio para ese fin y será considerado como conviene. Todos tienen que *servir* para el mantenimiento de los valores eternos que viven en la esencia de nuestro pueblo. El arte será siempre expresión y espejo de la aspiración y de la realidad de una época. La contemplación burguesa lleva rápido camino de desaparecer en el mundo. El heroísmo se alza apasionadamente como venidera personificación y venidero guía de destinos políticos. Es misión del arte la de ser expresión de ese determinante espíritu de la época. La sangre y la raza volverán a ser fuentes de la intuición artística. Misión del Gobierno es la de procurar que, precisamente en un tiempo de restringido poder político, encuentren imperiosa expresión cultural los íntimos valores vitales y la voluntad de vida de la nación. Esta resolución obliga a la reconocida admiración de nuestro gran pasado. En todos los terrenos de nuestra vida histórica y cultural hay que echar *puentes que vayan del pasado al futuro. La veneración de los grandes hombres hay que grabarla otra vez en la juventud alemana como un santo legado.* Al decidir el Gobierno proceder a la desinfección política y moral de nuestra vida pública, crea y fija las premisas para una profunda y verdadera

vuelta a la vida religiosa.

Las ventajas de índole político-personal que pudieron resultar de compromisos con organizaciones ateístas no compensan ni con mucho las consecuencias que se hacen patentes en la destrucción de valores morales de todos.

El Gobierno nacional ve en las dos confesiones cristianas los factores más importantes para el mantenimiento de nuestro pueblo. El Gobierno nacional respetará los acuerdos concertados entre ellas y los "países".

Sus derechos no serán conculcados. Pero el Gobierno nacional espera que a la inversa, la labor que el Gobierno se ha asignado en la renovación nacional y moral de nuestro pueblo encuentre el mismo acatamiento. *Ante las demás confesiones se presentará con imparcial justicia.* No puede, empero, tolerar que la pertenencia a una determinada confesión o a una raza determinada pueda constituir una liberación de obligaciones legales de la generalidad o incluso una carta abierta para cometer o tolerar

delitos impunemente. La preocupación del Gobierno es la *sincera colaboración entre la Iglesia y el Estado; la lucha contra una ideología materialista en pro de una verdadera comunidad popular sirve los intereses de la nación alemana lo mismo que el bien de nuestra fe cristiana.*

Nuestro derecho

debe servir en primer término al mantenimiento de esa comunidad popular. A la *inamovilidad de los jueces* por una parte ha de corresponder elasticidad de fallo en beneficio de la sociedad. No el individuo, sino el pueblo debe ser centro de la preocupación legal. La traición al país y al pueblo deben ser en lo futuro extirpadas con *toda desconsideración*. El terreno sobre el que se asienta la justicia no puede ser otro que el terreno sobre el que se asienta la nación. Por eso no debe aquélla perder nunca de vista la gravedad de la resolución de quienes son responsables de la conformación de la vida de la nación bajo el duro dictado de la realidad.

Grandes son también los cometidos del Gobierno nacional en el **terreno de la vida económica.**

Aquí determinará una ley toda la acción; *el pueblo no vive para la economía y la economía no existe para el capital, sino que el capital sirve a la economía y la economía al pueblo.*

Por principio el Gobierno no defenderá los intereses del pueblo alemán por el rodeo de una burocracia económica oficialmente organizada, sino mediante el *vivo fomento de la iniciativa privada y mediante el reconocimiento de la propiedad.*

Entre la intención productiva, por una parte, y el trabajo productivo, por otra, hay que establecer una *justa compensación*. La administración debe respetar con el ahorro los frutos de la capacidad, de la aplicación y del trabajo. El problema de nuestras finanzas públicas no es, en último extremo, más que el problema de una administración económica. La preconcebida

reforma fiscal

debe conducir a una simplificación en el reparto y de este modo a una disminución de gastos y de cargas. Por principio hay que *levantar* el molino de los impuestos en la *corriente* y no en el *manantial*. Estas medidas determinarán una aminoración de las cargas mediante la simplificación de la administración. Esta reforma fiscal que ha de realizarse en el Reich y en los "países" no es una cuestión del momento, sino de un tiempo que señalarán las exigencias. El Gobierno, por principio,

evitará experimentos con la moneda.

Pero, ante todo, nos encontramos frente a dos tareas económicas de primer rango. *La salvación del campesino alemán* debe llevarse a cabo como quiera que sea.

El aniquilamiento de esta clase en nuestro pueblo tendría las más graves consecuencias imaginables. El restablecimiento de la

rentabilidad de la explotación agrícola

es posible que sea duro para el consumidor, pero el golpe que se asestaría a todo el pueblo alemán si el campesino se hundiera no puede ni remota-

mente compararse con esa dureza. Sólo en conexión con la rentabilidad de nuestra agricultura — la cual hay que conseguir por todos los medios — puede resolverse la cuestión de la protección contra el embargo o la liberación de deudas. Si no se consigue esto, el aniquilamiento de nuestro campesino conduciría no sólo al derrumbamiento de la economía alemana en absoluto, sino ante todo al desplomamiento del pueblo alemán. Su saneamiento es además la primera condición para el *esplendor de nuestra industria*, del comercio interior alemán y de la exportación. Sin el contrapeso del campesino alemán hubiese invadido ya a Alemania la locura comunista, destruyendo así definitivamente la economía alemana. Lo que la economía general, incluso nuestra industria de exportación, debe al sano instinto del campesino alemán no puede pagarse con sacrificios de carácter económico cualesquiera que sean. Por eso en lo sucesivo nuestra gran preocupación será la *colonización del suelo alemán*.

Por lo demás, el Gobierno nacional se da perfecta cuenta de que la definitiva conjuración de la crisis, tanto de la economía campesina como de la urbana, depende de la

inserción del ejército de sin trabajo en el proceso de la producción.

Aquí radica la *segunda* e ingente tarea económica, la cual no puede ser resuelta más que en medio de una paz general imponiendo sanos y naturales principios económicos y cuantas medidas sean necesarias, aunque, por el momento, no puedan aspirar a la popularidad. La *procuración de trabajo* y el *trabajo obligatorio* son medidas aisladas en el cuadro del ataque general.

La posición del Gobierno nacional respecto a la clase media es análoga a la que tiene respecto al campesino.

Su salvación no puede lograrse más que dentro de la política económica general. El Gobierno nacional está decidido a resolver esta cuestión a fondo. Reconoce como su misión histórica la de proteger y alentar a los millones de obreros alemanes en la lucha por sus derechos a la existencia. Como Canciller y nacionalsocialista me siento unido a ellos como a antiguos compañeros de mi juventud. La elevación de la capacidad de consumo de esas masas será uno de los medios esenciales de la reanimación económica.

Aun conservando nuestra

legislación social

habrá que dar un primer paso para su reforma. Por principio la utilización de toda fuerza de trabajo debe hacerse en servicio de la generalidad. El dejar ociosas millones de horas de trabajo humano es una locura y un crimen que conduce a la depauperación de todos. Cualesquiera que sean los valores que se creen empleando nuestras fuerzas de trabajo excedentes, pueden representar bienes vitales indispensables para millones de hombres que hoy degeneran en la necesidad y en la miseria. La capacidad organizadora de nuestro pueblo tiene que resolver esta cuestión y la resolverá.

Ya sabemos que la situación geográfica de Alemania, pobre en materias primas, no permite una completa

autarcia

para nuestro Reich. Hay que repetir insistentemente que nada dista tanto del Gobierno como una *hostilidad hacia la exportación*. Ya sabemos que necesitamos la conexión con el mundo y que el mercado de productos alemanes en el mundo alimenta a muchos millones de compatriotas.

Sabemos también cuáles son las condiciones para un sano *intercambio de actividades* entre los pueblos de la tierra, pues Alemania estuvo *obligada* durante años a *actividades que no tenían reciprocidad*. De ahí resulta que la misión de mantener a Alemania como miembro activo del intercambio comercial es no tanto de índole político-comercial como *político-financiera*. En tanto que no se nos conceda una *ordenación de nuestras deudas exteriores, objetiva* y proporcionada a nuestras *fuerzas*, nos veremos desgraciadamente forzados a *mantener nuestro régimen obligatorio de divisas*. El Gobierno del Reich está también obligado en nombre de éste a mantener las barreras erigidas en las fronteras contra la huida de capitales. Puesto que el Gobierno del Reich se deja guiar por estos principios es de esperar seguramente que la *creciente comprensión del extranjero facilite la inclusión de nuestro Reich en la pacífica competencia de las naciones*. Para

fomentar el tráfico

logrando un equilibrio razonable de todos sus intereses se dará a principios del mes próximo el primer paso con una *reforma del impuesto sobre automóviles*. La conservación de los *Ferrocarriles alemanes y su vuelta a manos del Reich — tan rápida como sea posible —* es una tarea que nos obliga, no sólo económica, sino también moralmente. *El Gobierno nacional atenderá celosamente al desarrollo de la comunicación aérea como medio de comunicación pacífica entre los pueblos*.

Para toda esta actividad necesita el Gobierno el apoyo, no sólo de las fuerzas de todo el pueblo en general a las cuales está decidido a apelar en grandes proporciones, sino también la abnegada fidelidad y el trabajo del *funcionario profesional*. Sólo en urgencia extrema de las finanzas públicas se efectuarán intromisiones y aun entonces la suprema ley de nuestra acción será una estricta justicia.

La *defensa de las fronteras del Reich* y, por consiguiente, la vida de nuestro pueblo y la existencia de nuestra economía radica hoy en *nuestra Reichswehr* que, conforme a las cláusulas impuestas en el tratado de Versalles, hay que considerar como

al único ejército verdaderamente desarmado

del mundo. A pesar de la pequeñez a que se le sometió y del *armamento insuficiente en absoluto* el pueblo alemán puede mirar con orgullosa satisfacción a su Reichswehr. En circunstancias gravísimas surgió este pequeño instrumento de nuestra defensa nacional. Su espíritu es el portador de nuestras mejores tradiciones militares. *Con rigurosa escrupu-*

losidad cumplió así el pueblo alemán las obligaciones que le impuso el tratado de paz, y en cuanto a los barcos de reemplazo que se nos concedieron para nuestra flota sólo una parte — bien puedo decir desgraciadamente — ha sido construída.

Alemania espera desde hace años inútilmente que los demás cumplan las promesas de desarme que nos hicieron. Es sincero deseo del Gobierno nacional poder prescindir de un aumento del ejército alemán y de nuestras armas en cuanto que el resto del mundo se manifieste inclinado, por fin, a cumplir su obligación de desarmar radicalmente. Porque Alemania no quiere más que

los mismos derechos de vida y la misma libertad.

El Gobierno nacional quiere educar al pueblo alemán en este espíritu de voluntad para la libertad. El honor de la nación, el honor de nuestro ejército, el ideal de la libertad deben volver a ser sagrados para el pueblo alemán.

El pueblo alemán quiere vivir en paz con el mundo.

Por eso precisamente el Gobierno del Reich propugnará por todos los medios que se ponga término definitivamente a la separación de los pueblos de la tierra en dos categorías. Mantener abierta esta herida lleva al uno a la desconfianza, al otro al odio y, de esta manera, a una inseguridad general. El Gobierno nacional está dispuesto a tender la mano para una sincera inteligencia a todo pueblo decidido a cerrar de una vez y para siempre el triste pasado. La crisis del mundo no puede desaparecer más que creando los fundamentos de relaciones políticas estables y renaciendo la mutua confianza entre los pueblos.

Para conjurar la catástrofe económica

es necesario:

1. un gobierno autoritario a todo trance en el interior para restablecer la confianza en la estabilidad de las cosas,
2. un afianzamiento de la paz a largo término hecho por las grandes naciones para restablecer la confianza de los pueblos entre sí,
3. el definitivo triunfo de los principios de la razón en la organización y dirección de la economía, así como una general liberación de reparaciones e imposibles servicios de deudas e intereses.

Desgraciadamente nos encontramos ante el hecho de que la

Conferencia de Ginebra

a pesar de largas deliberaciones no ha llegado hasta ahora a ningún resultado práctico. La decisión sobre las medidas a adoptar para un verdadero desarme ha sido siempre diferida por la inclusión de cuestiones técnicas y de problemas que no tienen nada que ver con el desarme. Este procedimiento es estéril.

El estado de injusticia que supone el desarme unilateral y la consiguiente inseguridad nacional de Alemania no puede subsistir a la larga.

Reconocemos como indicio de responsabilidad y de buena voluntad que el *Gobierno británico* haya intentado con su proyecto de desarme llevar finalmente la Conferencia a rápidas resoluciones. El Gobierno del Reich *apoyará* todos los esfuerzos que tiendan a lograr un efectivo *desarme general* y satisfagan la reclamación que hace tiempo viene haciendo con justicia Alemania sobre el desarme.

Desde hace catorce años estamos desarmados y desde hace catorce meses esperamos el resultado de la Conferencia del desarme. Aun más vasto es el plan del *Jefe del Gobierno italiano* que, magnánima y sagazmente, intenta asegurar a toda la política europea una evolución tranquila y consecuente. Concedemos a este plan la más *seria significación* y estamos dispuestos a *colaborar sobre su base con toda sinceridad* para reunir a las cuatro grandes potencias *Inglaterra, Francia, Italia y Alemania* en una labor conjunta, pacífica, que animosa y resueltamente ataque los problemas de cuya *solución* depende la *suerte de Europa*.

Por esto nos mueve a especial gratitud la *comprensiva cordialidad* con que en *Italia* se ha saludado el levantamiento nacional. Deseamos y esperamos que la igualdad de ideales espirituales sea el fundamento para un *constante afincamiento de las relaciones amistosas* entre ambos pueblos.

Asimismo, el Gobierno del Reich que ve en el *Cristianismo* el inquebrantable fundamento de la moral y de las buenas costumbres del pueblo concede grandísimo valor a las *amistosas relaciones con la Santa Sede* y trata de darles expresión. Respecto a nuestro pueblo hermano, *Austria*, notamos el sentimiento de participación en sus preocupaciones y en sus necesidades. El Gobierno del Reich siente en sus actos la conciencia de *unión en el destino de todos los pueblos de origen alemán*. La posición frente a cada una de las demás potencias extranjeras resulta de lo anteriormente dicho. Pero incluso allí donde las mutuas relaciones están sujetas a dificultades nos afanaremos por allanarlas. *Desde luego jamás podrá ser la base de una inteligencia la distinción entre vencedor y vencido.*

Estamos convencidos de que es posible ese *allanamiento de dificultades en nuestras relaciones con Francia* si los Gobiernos estudian por *ambas partes los problemas que les atañen con verdadera amplitud de miras*. El Gobierno del Reich está dispuesto a sostener con la *Unión soviética relaciones amistosas provechosas para ambas partes*. Precisamente el Gobierno de la revolución nacional se considera en situación de hacer con la *Rusia soviética una política positiva*. La lucha contra el comunismo en Alemania es una *cuestión privada nuestra en la cual no toleraremos jamás intromisiones de fuera*. Las relaciones internacionales con las demás potencias con las cuales nos unen intereses comunes permanecerán intactas. Nuestra relación con los *demás países* merecerá también en lo sucesivo nuestra más seria atención, especialmente nuestra relación con los *grandes Estados transmarinos*, con los cuales está Alemania unida hace tiempo por vínculos amistosos y por intereses económicos.

Lugar especial en nuestro corazón ocupa la suerte de los *alemanes que viven* más allá de las fronteras del Reich, que están unidos a nosotros por idioma, cultura y costumbres y que *luchan penosamente por la conservación de esos bienes*. El Gobierno nacional está decidido a defender por todos los medios a su alcance los *derechos garantizados internacionalmente a las minorías alemanas*.

Saludamos el plan de la

Conferencia Económica Mundial

y estamos conformes con su próxima celebración. El Gobierno del Reich está dispuesto a colaborar en dicha Conferencia para llegar, por fin, a resultados positivos.

La cuestión más importante es el

problema de nuestras deudas exteriores a corto y a largo plazo.

La modificación total de las circunstancias en los mercados del mundo requiere *una adaptación a ellas*. Sólo de una colaboración confiada puede surgir el remedio eficaz para la general preocupación. Diez años de paz *sincera* serán más provechosos para el bienestar de las naciones que 30 años de *atascamiento en los conceptos de vencedores y vencidos*.

Para colocarse en situación de cumplir las tareas contenidas en este marco, el Gobierno, por medio de los dos partidos nacionalsocialista y nacionalista, ha presentado al Reichstag

la ley de poderes discrecionales.

Una parte de las medidas proyectadas requiere la *mayoría de las modificaciones constitucionales*. La realización de esas tareas y su solución es necesaria. Contradiría el espíritu del levantamiento nacional y no bastaría para el fin propuesto que el Gobierno suplicase y ganase de caso en caso el consentimiento del Reichstag para sus medidas. El Gobierno no está guiado aquí del propósito de *disolver el Reichstag como tal*. Al contrario, se reserva para el futuro dar cuenta al Reichstag de sus *medidas* o de buscar su aprobación.

Pero la autoridad y el cumplimiento de la misión padecerían si en el pueblo pudiera surgir duda sobre la estabilidad del nuevo régimen. El Gobierno del Reich considera como imposible en las actuales circunstancias de profunda excitación de la nación otra sesión del Reichstag. *Apenas si revolución de tan grandes proporciones transcurrió tan disciplinada y tan incruenta como este levantamiento del pueblo alemán en estas semanas. Mi voluntad y mi firme propósito son procurar también en lo futuro esa tranquila evolución.*

Por eso es tanto más necesario que se le conceda al Gobierno nacional aquella *soberana* posición, única adecuada en un tiempo como éste para *impedir toda otra evolución*. El Gobierno no hará de esa ley facultativa más uso que el necesario para *llevar a cabo* las medidas vitalmente necesarias. No está *amenazada* ni la *existencia del Reichstag* ni la del

Consejo de Estado. La función y los derechos del Presidente del Reich quedan intactos. La suprema misión del Gobierno será siempre la de conseguir la interna conformidad para sus fines. La existencia de los "paises" no será anulada. Los derechos de las Iglesias no sufrirán menoscabo ni variará su posición respecto al Estado. El número de casos en los que haya necesidad interna para recurrir a tal ley es escaso en sí. Tanto más, sin embargo, *insiste* el Gobierno en la aprobación de la ley. El Gobierno brinda a los partidos del Reichstag la posibilidad de una *evolución pacífica* y de una *inteligencia* en el futuro *resultante de ella*. Pero el Gobierno *está también decidido y dispuesto a aceptar la notificación de la negativa y con ello el reto de oposición.*

Ahora, señores, elegid vosotros mismos entre la paz y la guerra.

El Canciller Adolf Hitler

ante la Agricultura alemana
el 5 de Abril de 1933 en la Cámara Alta.

¡Señor Presidentel ¡Señores!

Si podemos celebrar hoy otra sesión bajo la bandera negro-blanco-roja y bajo el símbolo del renacimiento nacional en Alemania, es quizá porque el campesino alemán ha tomado grandísima parte en este nuevo curso histórico de nuestro Destino. Se habla tanto de los motivos que determinan individualmente las acciones de los Gobiernos y se olvida que todas las medidas adoptadas en ciertos tiempos tienen una misma raíz. Las acciones de años que están detrás de nosotros han partido también de una raíz, y exactamente ocurrirá con las de aquel tiempo que yace ante nosotros, que también de una raíz tendrán que partir.

Al hablar aquí en nombre del Gobierno nacional, quiero hablar de la tendencia de que éste necesita. Nos llamamos hoy un Gobierno del levantamiento alemán, de la revolución nacional. Queremos decir con ello que este Gobierno se siente y considera conscientemente como una representación de los intereses del pueblo alemán. Debe ser asimismo una representación de los campesinos alemanes, *pues no puedo defender los intereses de un pueblo si al fin no reconozco la fuerza más importante en una clase social que significa efectivamente el porvenir de la nación.*

Si paso la vista por sobre todos los fenómenos aislados de la economía, por sobre todas las transformaciones políticas, al fin queda siempre la cuestión esencial de la conservación de la nacionalidad en sí. Esta cuestión sólo podrá ser solucionada favorablemente cuando haya quedado resuelto el problema de la conservación de los campesinos. *Qué un pueblo podía existir sin ciudadanos, nos lo enseña la historia, que no es capaz de vivir sin campesinos, lo hubiera demostrado en un tiempo la historia si hubiese persistido el antiguo sistema.* Todas las oscilaciones son al fin tolerables, todos los reveses de la suerte pueden ser conllevados siempre que exista una clase campesina fuerte. En tanto que un pueblo pueda contar con una clase campesina fuerte, sacará de ella, una vez y todas, nuevos bríos y nuevas fuerzas. Créedme, señores, la revolución que yace tras nosotros *no hubiera sido posible si parte del pueblo en el campo no hubiese militado en nuestras filas.* Hubiera

sido imposible conquistar sólo en las ciudades todas aquellas posiciones de salida que también en nuestras acciones nos han dado el *peso de la legalidad*. Al campesino alemán debe, pues, el pueblo alemán la renovación, el levantamiento y con ello la revolución que ha de conducir al saneamiento general de las condiciones alemanas.

Todo Gobierno que no pare mientes en la importancia de este fundamento portante, no podrá ser más que un Gobierno del momento. Podrá dominar y gobernar por espacio de algunos años, pero nunca llegará a obtener éxitos duraderos ni mucho menos eternos, puesto que estos exigen que se comprenda una vez y otra la necesidad de la conservación del propio espacio de vida y, por consiguiente, de la propia clase campesina. Este reconocimiento fundamental exige la necesidad de obrar en numerosos sectores y la esencia de innumerables resoluciones individuales; servirá de idea fundamental y se sobrepondrá constantemente a todas nuestras acciones y a nuestras resoluciones. Pensando de manera tan fundamental no se perderá jamás el suelo bajo los pies, darán siempre y primeramente con lo justo, aun cuando los hombres, que todos lo somos, no hayan elegido y hallado temporalmente, una vez que otra, lo justo y verdadero. Creo por tal razón que *este* Gobierno, viendo su misión en la conservación de la nacionalidad alemana, la cual, a su vez, está atendida principalmente a la conservación del campesino alemán, no tomará nunca resoluciones falsas. Puede que aquí y allá yerre en sus medios, pero no lo hará nunca en lo esencial y fundamental.

Es cuestión de valor no ver solamente las *cosas* tal cual ellas son. Habrá que romper con muchas tradiciones antiguas, habrá en algunos casos que verse precisado a oponerse a la opinión pública. Podrá hacerse esto tanto mejor y tanto más antes, mientras más cerrado esté un bloque de la nación detrás del Gobierno. Una cosa es imposible: que un regimiento sea capaz al fin de pelear hacia todas direcciones. Si es que un Gobierno lucha por la conservación de la nacionalidad alemana y consiguientemente por la del campesino alemán, es precisamente esta nacionalidad la que ha de secundar las acciones y los hechos del Gobierno. Esto le da entonces aquella estabilidad interior que necesita para adoptar resoluciones que por el momento son difíciles de defender, pero que forzosamente hay que adoptar y cuyo éxito no podrán ver en el acto nuestros hermanos obcecados en un principio, pero de quienes se sabe que acabarán por contribuir a la salvación de toda la nación.

Si los campesinos alemanes han encontrado hoy una gran fusión, el hecho de poner grandes masas del pueblo detrás del Gobierno facilitará grandemente la actuación de éste en lo futuro. Creo que en este Gobierno no hay nadie que no esté animado del sincero deseo de llegar a esta estrecha colaboración. En la solución de este problema vemos al mismo tiempo la salvación del pueblo alemán en lo futuro, no sólo para 1933 o 1934, sino para los tiempos más remotos.

Estamos dispuestos a adoptar aquellas medidas, y a ponerlas en práctica en los próximos años, de las cuales sabemos que las generaciones venideras las reconocerán como justas y las fijarán definitivamente.

Ya era tiempo de encontrar la fuerza para adoptar resoluciones a las cuales debemos, en el más profundo y último sentido, la salvación de la nación alemana.

Estamos dispuestos a echar sobre nuestros hombros tan difícil lucha. Por la ley de autorización se ha conseguido que la acción de salvación del pueblo alemán se liberte y desprenda por primera vez de las intenciones y consideraciones de partido de la que ha sido hasta ahora la representación del pueblo. Podremos hacer ahora con ella lo que creamos necesario para el porvenir de la nación pensándolo despacio y con sangre fría. Se han creado las presuposiciones puramente legales para su consecución. Eso sí que es necesario que el pueblo tome parte activa en nuestra labor. Que no crea que la nación no tiene ya necesidad de tomar parte en la formación de nuestro destino por la sencilla razón de que el Parlamento no es ya capaz de intervenir, inhibiéndolas, en las resoluciones. *Todo lo contrario, lo que queremos es que el pueblo alemán vuelva en sí precisamente ahora y se ponga detrás del Gobierno cooperando vivamente. Se ha de llegar al punto de que cuando volvamos a apelar nuevamente a la nación, pasados unos cuatro años, no nos dirijamos a hombres que han dormido, sino que encontremos a un pueblo que en estos años ha despertado finalmente de su hipnosis parlamentaria y posea los reconocimientos necesarios para comprender las eternas presuposiciones de la vida.*

Sé que la labor que nos espera contiene problemas de enorme gravedad. No sólo porque al cabo de 15 años de no apreciar las presuposiciones más naturales de la vida debemos empezar con los principios más sencillos de la razón, sino porque durante este tiempo ha tenido lugar un inaudito enlazamiento de intereses y no se puede dar un solo paso sin tropezar con corrupciones que hay que exterminar a toda costa, ya sean de carácter espiritual o material. Sea como se quiera, este problema tiene que ser resuelto, y se resolverá. *Si el pueblo alemán conoce detrás de sí milenios de un destino lleno de vicisitudes, no ha de ser la voluntad de la Providencia el que antes de nosotros se haya luchado y sacrificado para que las futuras generaciones echen a perder su vida ellas mismas y no puedan entrar en los milenios del porvenir. Las grandes luchas del pasado hubieran sido inútiles si dejásemos de luchar por el futuro.*

Los sacrificios que nosotros mismos hemos hecho por la conservación del Reich, han sido pesados. La generación que peleó en la guerra mundial ha sufrido lo indecible. No es justo poner sólo esto en la cuenta, pues debemos pensar en lo que han hecho, sufrido y batallado las generaciones que nos precedieron. Debemos

contar la suma total de los sacrificios hechos antes de nosotros, no para que una generación capitule ante el destino y se extingan las de los tiempos futuros, sino en la esperanza de que cada generación cumpla, por su parte, con su deber en esta eterna sucesión de generaciones.

Ante nosotros se levanta hoy este deber exhortándonos a su cumplimiento. Por espacio de 15 años se han cometido los más graves pecados, sin excepción alguna, unos conscientemente activos, otros pasivamente por toleración. A nosotros nos toca proceder juntos y de acuerdo para borrar las huellas de este tiempo. El problema podrá ser muy grande; si ha de ser resuelto, habrá que resolverlo. Rige también aquí la eterna máxima: donde reina una voluntad inquebrantable, podrá quebrantarse igualmente una época de penuria.

El Canciller Adolf Hitler

ante 2 millones de trabajadores el 1.º de Mayo de 1933,
el « día del Trabajo nacional ».

¡Ciudadanos y ciudadanas!

« Ha llegado Mayo. » Así reza una canción alemana. Por espacio de muchos siglos el primer día del mes de Mayo no ha sido solamente el símbolo de la entrada de la primavera, sino también el día de la alegría y de las fiestas y placeres. Vino una época que se posesionó de este día y que convirtió el día de la vida germinativa y del placer lleno de esperanzas en un día de las contiendas y de la lucha interior. Una teoría que se había apoderado de nuestro pueblo intentó convertir el día de la naturaleza despertante, de la entrada visible de la primavera, en un día del odio, de lucha fraternal, de la discordia y los sufrimientos. Pasaron décadas sobre tierras alemanas y cada vez más parecía que este día debía documentar la separación y el desgarramiento de nuestro pueblo. Pero al fin llegó el día en que todos se dieron cuenta de lo que pasaba en su redor, después de haber sufrido nuestro pueblo lo indecible, un día de recogimiento y de volver a comprenderse los alemanes.

Y ahora podemos cantar la antigua canción popular: ¡El Mayo ha llegado, el despertar de nuestro pueblo es un hecho! El símbolo de la lucha de clases, de las continuas querellas y discordias, vuelve a ser el símbolo de la gran unión y el levantamiento de la nación. Por esta razón hemos elegido el día de la naturaleza despertante, para todos los tiempos venideros, como día de la recuperación de nuestra propia fuerza y vigor y al mismo tiempo como día de aquella labor creadora que no conoce límites estrechos y que no está ligada a organizaciones obreras ni a fábricas ni oficinas, de una labor que queremos reconocer y fomentar en todas partes donde sea realizada en buen sentido para el ser y la vida de nuestro pueblo.

Espantosa es la miseria que el pueblo alemán tiene tras sí. Y no porque haya faltado la aplicación o la diligencia, ¡no! Millones de nuestro pueblo siguen trabajando como antes, millones de campesinos marchan tras el arado como antes, millones de obreros trabajan en el tornillo de banco, ante el retumbante yunque. ¡Millones de nuestro pueblo trabajan, y otros millones anhelan

trabajar, mas no pueden! Decenas de millares ponen fin voluntariamente a una existencia que para ellos no parece contener más que dolores y miseria. Lo truecan por el otro mundo, donde esperan encontrar más y mejores cosas que en la tierra. Tremenda es la desgracia que ha venido a buscarnos, dejando en todas partes el abatimiento y hasta la desesperación. Y nosotros nos preguntamos, ¿por qué?

Es una crisis política. El pueblo alemán está en vías de decaimiento, todas sus fuerzas vitales las necesita para la *lucha interior*. La confianza en la fuerza de la propia voluntad, la propia fuerza ha desaparecido. Millones dirigen la mirada hacia el resto del mundo con la esperanza de recibir de allá la dicha y la salvación. El pueblo decae y en este decaimiento desaparece su fuerza vital, la fuerza para la afirmación de la vida. Los resultados de esta lucha de clases los vemos alrededor de nosotros y debajo de nosotros y queremos aprender de ellos, pues una cosa hemos reconocido como primera presuposición para el restablecimiento de nuestro pueblo:

¡El pueblo alemán ha de volver a conocerse mutuamente!

Los millones de hombres divididos en profesiones, separados en clases artificiales, que, atacados de presunciones profesionales y locura de clases, no pueden comprenderse unos a otros, tienen que encontrar el camino de *unos a otros*. Una tarea extraordinaria, poderosa — ¡lo sabemos! Cuando la locura ha sido defendida y predicada como idea política por espacio de 70 años, cuando la destrucción de la solidaridad popular ha sido casi una ley política 70 años seguidos, es difícil, sumamente difícil, querer cambiar el sentido de los hombres de un golpe. Sin embargo, no debemos desanimarnos ni desesperar. Lo que construyeron las manos del hombre, pueden derribarlo las manos del hombre, lo que inventó en un tiempo la insensatez humana, puede vencerlo y rehacerlo de nuevo una prudente sensatez.

Sabemos que este proceso de encontrarse unos a otros y comprenderse mutuamente no es cuestión de semanas o meses, ni siquiera de unos pocos años. Tenemos, empero, la inquebrantable voluntad de cumplir esta misión ante el pueblo alemán, estamos resueltos a conducir a los alemanes unos a otros, hasta empleando la fuerza si necesario fuere.

He aquí el sentido del 1 de Mayo, que a partir de hoy ha de ser celebrado en Alemania a través de los siglos, que en el día de hoy se encuentren unos a otros cuantos actúan en el gran engranaje de nuestra labor creadora nacional, y que una vez al año se estrechen las manos convencidos de que nada puede hacerse en tanto no contribuyan todos a la realización de esta labor. Y así hemos elegido como lema de este día la máxima siguiente:

¡Honrad el trabajo y respetad al obrero!

Para millones es hoy difícil volverse a encontrar por sobre el odio y los errores procreados artificialmente en tiempos pasados. Hay un credo que nos permite recorrer fácilmente este camino. *Que trabaje quien quiera y donde quiera — mas no puede ni debe olvidar que su compañero, el que cumple con su deber lo mismo que él, es indispensable, que la nación no existe por el trabajo de un gobierno, de una clase determinada o por obra de su inteligencia, sino que sólo vive por el trabajo común de todos!* Si millones creen poder sacar de la naturaleza del trabajo una deducción acerca de la dignidad de su portador, se encuentran en un amargo error. Hay decenas de millares entre nosotros que quieren hacer depender el respeto al individuo de la clase de trabajo que éste hace. ¡No! Lo decisivo no ha de ser lo que él crea o hace, sino como lo hace. Que entre nosotros hay millones que trabajan año por año, sin la esperanza de adquirir jamás riquezas, digo más, sin ganar lo suficiente para llevar una vida sin apuros, no ha de ser motivo para los demás para no creerse dignos de ellos, pues sólo su idealismo y abnegación son los que permiten y facilitan el ser y la vida de la colectividad. *¡Desgraciados de nosotros si llegase a desaparecer este idealismo en nuestro pueblo y el valor de los hombres se quisiese medir únicamente por los bienes terrenales que le ha deparado la suerte. El valor de nuestro pueblo no sería ya entonces tan grande ni su existencia tan larga.*

No es útil el explicar al obrero su importancia, el demostrar al campesino la necesidad de su existencia, el ir al intelectual, al trabajador mental para hacerles ver la importancia de su cometido y su labor. *Lo necesario es enseñar a cada clase social la importancia de la otra.* Y así es preciso que vayamos a las ciudades a proclamar y anunciar la necesidad y la esencia del campesino alemán, que salgamos al campo y vayamos en busca de nuestra intelectualidad para hacerle ver la importancia de los obreros y trabajadores alemanes. Vamos a ver al obrero y al campesino para enseñarles que sin la inteligencia alemana no hay vida alemana; que todos ellos juntos deben formar una gran comunidad: inteligencia, frente y puño, obreros, campesinos y ciudadanos.

Este 1.º de Mayo ha de transmitir al mismo tiempo al pueblo alemán el reconocimiento de que: *la aplicación y el trabajo solos no crean la vida si no se desposan con la fuerza y la voluntad de un pueblo.* Aplicación y trabajo, fuerza y voluntad, actuando conjuntamente, sólo cuando detrás del trabajo se levante el puño fuerte de la nación para proteger y amparar, puede venir la verdadera bendición.

Hay más, este día ha de hacerle comprender al pueblo alemán: *¡Pueblo alemán! Serás fuerte cuando seas uno, cuando hayas arrancado de tu corazón tus discorsias y el espíritu de lucha de clases.* Podrás poner detrás de tu trabajo una fuerza inaudita cuando enlaces tu trabajo con la voluntad de vivir de todo tu nacionalismo.

Nosotros soñamos con que la nación alemana sea un Estado capaz de asegurar nuevamente a nuestro pueblo el pan cotidiano sobre la tierra, y sabemos que para ello se necesita la fuerza unida de la nación. Si el marxismo se mofa arguyendo que no lo conseguiremos nunca, no dejaremos de demostrarle que sí lo conseguiremos. ¡Amigos míos! *Nada de lo que es grande en el mundo les ha sido regalado a los hombres. Todo ha de ser alcanzado tras amarga lucha; tampoco el levantamiento de un pueblo podrá ser fácil realidad, también éste debe ser conseguido interiormente.* No podemos quejarnos ahora; lo sabemos, nos haremos merecedores de este levantamiento, conquistaremos la libertad de nuestro pueblo. Y se verá entonces que el marxismo no ha sido más que teoría y, como tal, grande y seductora, pero incapaz de acarrear ninguna utilidad ni beneficio al pueblo.

Este 1.º de Mayo ha de documentar que no queremos destruir, sino que pensamos construir y edificar. El más hermoso día de primavera del año no puede ser elegido como símbolo de lucha, sino solamente como símbolo de trabajo de edificación, no como signo de destrucción y, por consiguiente, de decadencia, sino únicamente como signo de unificación nacional, de exaltación y encumbramiento. No es casualidad el que nuestros adversarios, que desde hace 70 años quieren festejar este día y han tenido el poder en sus manos por espacio de 14 años, no hayan logrado, a pesar de todo, reunir en este día al pueblo alemán como lo hemos conseguido nosotros primeramente. El pueblo siente inconscientemente en su interior que aquellas fiestas al estilo marxista se encontraban en pugna con el despuntar de la primavera. ¡No quería la lucha, no quería el odio, quería el levantamiento! Y hoy lo siente: al 1.º de Mayo se le ha devuelto su propia significación, su sentido propiamente dicho. Este es el motivo por el cual hay hoy en toda Alemania millones que se lanzan alegremente a rendir testimonio de una voluntad que quiere tomar parte en la reconstrucción nacional. Y al celebrar ahora esta fiesta por primera vez queremos poner ante la vista nuestra finalidad para los tiempos venideros:

Queremos luchar impertérritamente para que el poder de las nuevas ideas que han conquistado en Alemania la nueva fé política no desaparezca jamás ni nunca, sino que, por el contrario, adquieran cada vez mayor firmeza.

Queremos luchar para que la nueva idea se levante victoriosa sobre toda Alemania y vaya atrayendo poco a poco a todo el pueblo alemán bajo el poder de su hechizo. Queremos defender valiente y decididamente esa bandera de la resurrección de nuestro pueblo contra quien crea poderla arrasar. Queremos despertar nuevamente en nuestro pueblo el sentimiento de la conciencia y el de la propia dignidad y procurar aumentarlo constantemente. Conocemos los tiempos pasados y a sus representantes. Inculcaron intencionadamente a nuestro pueblo la idea de que en su totalidad era inferior en el

mundo, incapaz de grandes hechos, indigno de los derechos de los otros. Se han cultivado artificialmente complejos de inferioridad por responder precisamente a la inferioridad de aquellos partidos que extraviaron a este pueblo por espacio de largos años. Queremos redimirlo de ese hechizo, queremos grabarle impertérritamente la convicción de:

¡Pueblo alemán! Tú no eres de segunda clase aun cuando lo quiera así mil veces el mundo. No eres de segundo valor ni de segunda importancia. Pueblo alemán, recapacita, piensa en tí mismo, en tu pasado, en la obra de tus padres, digo más, en la obra de tu propia generación. Olvida 14 años de decadencia, elévate a dos mil años de historia alemana.

Mis compañeros de toda Alemania, os hemos llamado así desde el primer día para daros esta convicción emanada del sentimiento de unificación nacional:

¡Alemanes! Sois un pueblo que será fuerte si vosotros mismos queréis ser fuertes!

Estos millones de manifestantes regresarán al hogar doméstico con el convencimiento de haber cobrado nueva fuerza y unidad interiores. Lo sé, camaradas míos, vuestro paso será mañana más fuerte de lo que fué ayer, pues todos nosotros lo sentimos, *la nación tal vez pueda ser violentada hoy, podrá ser encadenada — pero doblegarla y humillarla no será ya más posible. Pero con ello queremos fortalecer también la confianza en este día, no sólo en tí mismo, pueblo alemán, no, también la fé en tu Gobierno, que se siente ligado a tí y es un pedazo de tí mismo, que es de los tuyos, que lucha contigo por tu vida, que no persigue otra finalidad que volverte a hacer libre y feliz.*

Y finalmente hay que documentar el día de hoy, por medio de un hecho, la unidad para lo por venir. Cuando lanzamos por primera vez a la publicidad la

idea del servicio del trabajo obligatorio

levantaron la voz los representantes del mundo marxista moribundo declarando: « Esa es una nueva agresión al proletariado, una agresión al trabajo, una agresión al obrero y a la vida del trabajador. » ¿Por que lo hicieron? Sabían perfectamente que no será nunca una agresión al trabajo ni mucho menos al obrero, sino una agresión al horrible prejuicio de que el trabajo manual es de escaso valor. Este prejuicio lo queremos exterminar de Alemania. *En una época en que hay millones entre nosotros que viven sin comprender la importancia de los obreros manuales queremos educar al pueblo alemán, mediante el servicio de trabajo obligatorio, a fin de convencerlo y hacerle ver que el trabajo manual, lejos de denigrar y deshonrar, honra y enaltece como cualquier otro trabajo a quien lo cumple fielmente y con sentido recto.*

Tenemos la firmísima resolución de que todo alemán, sea quien sea, rico o pobre, hijo de sabios o de obreros de fábrica, vaya una vez en su vida al trabajo manual para conocerlo, para que algún día pueda mandar aquí con más facilidad por haber aprendido ya antes a obedecer. *No pensamos en eliminar el marxismo únicamente por fuera, exteriormente; estamos resueltos a privarlo de las presuposiciones.* Queremos ahorrar los trastornos mentales a las generaciones que vienen detrás de nosotros.

Los trabajadores de la cabeza y de la mano no deben estar nunca unos contra otros. *Por esta razón exterminamos la soberbia y la presunción que se apoderan tan fácilmente del individuo y le hacen ver con desprecio a los camaradas que « sólo » trabajan en el tornillo de banco, junto a la máquina o detrás del arado. Pero no basta que cada alemán conozca esta clase de trabajo, precisa también que el obrero manual sepa, a su vez, que también hay necesidad del trabajo mental. También a él hay que hacerle ver que nadie tiene derecho a menospreciar a los demás y creerse superior a ellos, sino que todo el mundo debe estar preparado para la gran comunidad.*

En este año realizaremos por primera vez esta gran idea ética que enlazamos con el servicio de trabajo obligatorio. Y sabemos que algún día, cuando hayan transcurrido 40 años, habrá experimentado la palabra trabajo manual para millones de seres humanos la misma transformación que sufrió en un tiempo el concepto de lansquenete, en cuyo lugar hubo de ponerse el de soldado alemán.

Otra de las grandes misiones que pensamos llevar a la práctica en este año es la *liberación de la iniciativa creadora de los fatales influjos de los acuerdos de mayoría.* No sólo en el Parlamento, no, también en la economía. *Sabemos que nuestra economía no podrá prosperar en tanto no se encuentre una síntesis entre la libertad del espíritu creador y el deber con respecto del pueblo todo. Nuestra misión consistirá asimismo, por tanto, en conceder a los tratados la importancia que les corresponde. El hombre no vive para los tratados y contratos, sino que estos existen para facilitar la vida del hombre.* Finalmente haremos este año todos los esfuerzos posibles para recorrer la primera etapa del camino de una

administración económica orgánica,

partiendo del reconocimiento fundamental de que: *« No hay encumbramiento que no empiece en la raíz de la vida nacional y económica, en el campesino. De aquí parte el camino que conduce al obrero y finalmente a la inteligencia.*

Empezaremos, pues, con el labrador procurando en primer término que su economía emprenda el camino del restablecimiento. Sabemos que esta es la primera condición para el saneamiento general de toda la administración económica. Por espacio de 14 años consecutivos se ha hecho precisamente lo contrario. Las consecuencias las estamos viendo ahora. No se socorrió al ciudadano, ni al obrero,

ni a las clases medias — todos ellos estuvieron al borde del aniquilamiento.

De aquí nace otra nueva tarea: *la eliminación de la falta de trabajo procurando ocupación a los que no la tienen*. La procuración de trabajo la dividimos en dos grupos. *Primeramente la procuración de trabajo privado*. Aquí emprenderemos este año una gran obra, la referente a la restauración de los edificios y casas alemanas para que centenares de millares tengan trabajo. En este momento y en este sitio vamos a apelar por primera vez al pueblo alemán diciéndole: ¡Alemanes! No creáis que el problema de la procuración de trabajo se va a resolver en las estrellas. Vosotros tenéis también que ayudar y contribuir a su solución. Tenéis por confianza y prudencia que hacer lo que pueda dar trabajo. *Cada uno tiene el deber personal de no vacilar en la creación de lo que necesita, de no esperar para mandar hacer lo que alguna vez tiene que mandar hacer. Cada empresario, cada propietario de casa, cada hombre de negocios, cada particular, tiene la obligación de acordarse del trabajo alemán*. Si el mundo propala hoy falsas afirmaciones contra nosotros, si se proscribe el trabajo alemán, debemos esperar que el alemán se haga cargo él mismo de su trabajo. Este es un llamamiento que, dirigido a millones de individuos, es el primero que puede dar trabajo a millones de personas. *Nos esforzamos igualmente por crear este mismo año posibilidades para grandes obras públicas*. Planteamos un programa que no queremos legar a la posteridad, *el programa de la construcción de nuevas carreteras*, una obra gigantesca que requiere millares de millones. Quitaremos del camino las resistencias que se opongan a esta empresa y daremos principio a la tarea en grande. Iniciaremos con ello una *serie de obras públicas* que nos ayuden a reducir cada vez más el número de parados.

¡Queremos trabajar y trabajaremos! Todo depende al fin del pueblo alemán mismo, de vosotros, de la confianza que tengáis en nosotros, depende de la fuerza con que os confeséis partidarios del Estado nacional. *Unicamente cuando todos seáis unos en la voluntad de salvar a Alemania, podrá encontrar el ciudadano alemán su salvación en su patria*.

Sabemos que aun tenemos que vencer poderosas dificultades. Sabemos también que todo trabajo humano tiene que ser al fin inútil si no resplandece sobre él la bendición de la Providencia. Mas nosotros no somos de aquéllos que lo dejan todo cómodamente para la otra vida. Nada nos regalan. Así como el camino de los 13 años pasados ha sido hasta hoy un camino de eternas luchas, un camino que casi nos ha hecho desesperar a menudo, así el camino hacia un futuro mejor será bien difícil. ¡El mundo nos persigue, se vuelve contra nosotros, no quiere reconocer nuestro derecho a la vida, no quiere que sea verdad nuestro derecho de protección a la patria!

¡Camaradas alemanes! Si el mundo está así contra nosotros, con tanta mayor razón debemos formar una unidad, con tanta mayor

razón debemos asegurarle: ¡Podéis hacer lo que queráis! *¡Pero nunca nos doblegaréis, jamás nos obligaréis a reconocer un yugo! ¡El llamamiento a igualdad de derechos no lo apartaréis de nuestro pueblo!* El pueblo alemán ha vuelto en sí. ¡No tolerará en su seno a quienes no estén por Alemania! *¡Queremos merecer honradamente el nuevo encumbramiento de la nación por medio de nuestra aplicación, de nuestra perseverancia, de nuestra inconvencible voluntad!* No imploramos del Omnipotente: « Señor, hacednos libres ». Queremos ser activos, trabajar, tratarnos como hermanos; luchar juntos, para que algún día llegue la hora en que podamos presentarnos ante el Señor y podamos pedirle: « Señor, ya ves, nos hemos cambiado ». *El pueblo alemán no es ya el pueblo sin honra, de la desvergüenza, de la anarquía, de la pusilanimidad y de la incredulidad. No, Señor, el pueblo alemán es ya otra vez fuerte en su voluntad, fuerte en su perseverancia, fuerte para sobrellevar todo sacrificio. « Señor, ¡no nos apartamos de Vos! Bendice nuestra lucha por nuestra libertad y con ello por nuestro pueblo y nuestra Patria.*

El Canciller Adolf Hitler

en el Congreso del Frente de Trabajo Alemán en Berlín
el 10 de Mayo de 1933 *).

En la vida de los pueblos no puede haber grandes revoluciones si es que — casi me atrevo a decir — no hay absoluta necesidad de ellas.

**No puede hacerse una revolución realmente seria si el pueblo
no aspira a ella en su interior,**

si determinadas circunstancias no obligan a emprenderla. Nada más fácil que cambiar exteriormente la forma de gobierno. Transformar interiormente a un pueblo será posible únicamente cuando se haya efectuado más o menos un determinado proceso de desarrollo, cuando un pueblo sienta — si bien tal vez no tan claramente, por lo menos en subconsciencia — que el camino emprendido no es el justo y quisiera dejarlo, mas no puede porque la pesadez y la inercia de la masa le impiden hallar el nuevo camino, hasta que sobreviene un impulso de cualquier parte o hasta que un movimiento que se ha percatado ya de la nueva ruta obliga al pueblo a seguir este nuevo camino. Tal vez quiera hacerlo en el primer momento, o haga como que no quiere, pero al fin de cuentas emprenderá el camino cuando sienta en su interior, consciente o inconscientemente, que la ruta seguida hasta aquí no es la verdadera, la que le conviene. Entre todas las crisis por que atravesamos, y que dan una idea completa, no hay que negar que la más sensible para el pueblo es la

crisis económica.

La crisis política, la moral, no la sienten algunos sino muy raras veces. El hombre medio no ve en su tiempo lo que afecta a la totalidad, sino que en la mayoría de los casos sólo ve lo que se refiere a su propia persona. De aquí que el presente no comprenda casi nunca la decadencia política o la moral mientras ésta no se haga extensiva de cualquier manera a la vida económica. Si esto llegara a tener lugar, ya no se tratará de cualquier problema abstracto, de un problema que pueda observarse o estudiarse en otra parte, sino que llegará el día en que el individuo se sienta afectado por la misma cuestión y se irá convenciendo de la imposibilidad de persistir en la misma situación a medida que vaya notando

*) Texto oficial.

en su propia persona las consecuencias de la crisis. Se hablará entonces de una crisis económica, de una penuria económica, y, partiendo de esta misma crisis, se tendrá la posibilidad de hacerla comprender, de hacer sentir la penuria que de otro modo suele permanecer oculta por mucho tiempo en cada ser humano.

Es natural que la crisis económica no sea reconocida en el acto en sus diversas causas, que no se vea aquí cuanto acaba por condicionar esta crisis. Es de comprender asimismo que cada uno quiera echarle la culpa al otro, y que se quiera hacer responsables a la generalidad, a las corporaciones, etc. de lo que uno mismo es también responsable. Es una gran dicha el que se vaya logrando entonces poco a poco aclarar tal crisis de suerte que vayan siendo cada vez más los que reconocen las verdaderas causas, lo cual es necesario para hallar los caminos que conducen a la curación.

No basta decir que la crisis económica alemana es una consecuencia de una crisis mundial, de la miseria económica que impera por doquier, pues de la misma manera podrá encontrar cualquier otro pueblo la misma disculpa y las mismas razones para fundar su penuria. Claro está que esta miseria no podrá tener entonces sus raíces en cualquier parte de la tierra, sino dentro de los pueblos, como siempre. Sólo hay una cosa probable, la de que esta raíz sea quizá la misma en muchos pueblos, pero sin la esperanza de poder contrarrestar la miseria por el solo hecho de comprobar que existe una miseria determinada en el correr de los tiempos. Desde luego que es necesario poner al descubierto estas raíces en el interior de un pueblo y curar la miseria ahí donde verdaderamente se la puede curar.

Desgraciadamente el alemán tiene siempre la propensión a dirigir la mirada en tales épocas en lontananza en vez de concentrarla en su propio sér. La larga educación de nuestro pueblo para inculcarle conceptos internacionales lo hace que en estos tiempos de crisis se dedique a la solución de este problema siguiendo puntos de vista internacionales, digo más, da lugar a que muchos de nosotros creen que no es posible hacer frente a esta desgracia sin proceder a la aplicación de métodos internacionales. Nada más erróneo que esto. Natural es que los achaques internacionales que aquejan a todos los pueblos sean curados por ellos mismos. Todo ello no varía el hecho de que cada pueblo debe emprender la lucha por sí y, ante todo, de que un pueblo no debe ser librado de esta penuria mediante medidas internacionales caso de no adoptar por sí solo las medidas necesarias.

Las propias medidas pueden estar naturalmente en el marco de las de carácter internacional, si bien este propio modo de proceder no debe hacerse depender del de los demás.

La crisis de la economía alemana no es de las que se expresan en nuestros coeficientes económicos, sino que es en primer lugar una crisis que encuentra igualmente su expresión con las otras en el curso interior, en la naturaleza de nuestra organización, etc. de

la vida económica de Alemania. En este caso podemos hablar de una crisis que ha llegado a afectar a nuestro pueblo más que a los otros.

**Es la crisis que vemos en relación entre el capital,
la economía y el pueblo.**

Bien crasamente vemos esta crisis en la relación entre nuestro obrero o empleado y nuestro patrono. La crisis ha llegado aquí a un nivel que no ha alcanzado en ningún otro país de la tierra. Si no se resuelve ahora, todas las demás tentativas que se hagan para contrarrestar los peligros de la miseria económica serán inútiles a la larga.

Si examinamos la esencia del movimiento obrero alemán tal como se ha venido desarrollando en los últimos cincuenta años, daremos con *tres causas* que implican este desarrollo peculiar, raro.

**La primera causa yace en el cambio que ha sufrido la forma
de servicio de nuestra economía en sí.**

Esta causa la vemos aparecer en todo el mundo del mismo modo de como se presenta en Alemania. A principios del siglo pasado, y más aun en nuestros días, ha tenido lugar una transformación de nuestra antigua forma económica de pequeña burguesía — si se me permite la expresión — en sentido de la industrialización, perdiéndose así definitivamente la relación patriarcal entre patronos y obreros. Este proceso se acelera desde el momento en que la acción pasa a ocupar el puesto de la propiedad personal. Vemos el comienzo del enajenamiento entre el que crea con la cabeza y el que lo hace con la mano, pues esta es en resumidas cuentas la única diferencia que decide real y efectivamente.

No es la palabra propiedad la que debe ser aquí considerada como característica, pues sabemos que una gran cantidad de hombres de los que fundaron nuestra producción no vino primitivamente de la propiedad, sino del trabajo, que la fuerza del puño llegó a intensificarse en ellos hasta convertirse en genialidad de la mente, que fueron inventores u organizadores por la gracia de Dios, a quienes nosotros debemos en parte nuestra vida, siendo así que sin las capacidades de estos hombres no nos hubiera sido posible alimentar ni mantener a 65 millones de habitantes en la limitada superficie donde moramos.

De otra manera hubiéramos seguido siendo país de exportación, fuerza bruta de trabajo. País de exportación, incluso naturalmente del espíritu oculto bajo este concepto: abonos culturales para el resto del mundo. El no haber sido así lo debemos a la gran cantidad de hombres de nuestro pueblo que supieron levantarse de la sima y que, merced a sus muchas capacidades, a su gran ingenio, pudieron proporcionar y asegurar el pan a millones de individuos. No se trata, pues, de que desde un principio podamos decir: contratistas y patronos, sino que la salida consiste únicamente en que el espíritu,

como ocurre siempre en la vida del hombre, se levanta, imperante, sobre la fuerza ordinaria. Este espíritu no ha sido entre nosotros algo así como una prerrogativa del nacimiento, sino que lo encontramos en todas las clases y en todas las condiciones de la vida. Bien puede decirse que todas las clases sociales de Alemania han contribuído a ello.

El desmoronamiento que hemos podido ver paulatinamente ha dado lugar a que de un lado se revelaran los intereses especiales de obreros y empleados, dando con ello principio a la desgracia de nuestro desarrollo económico. Al emprender este camino, forzosamente tenía que venir la separación. Impera aquí una ley:

Una vez pisado un camino determinado, un camino extraviado, va uno separándose cada vez más del camino de la razón. Lo hemos visto prácticamente por espacio de 70 años. El camino hubo de separarse tanto de la razón natural, que los pensadores, que eran a la vez guías por este camino, hubieran confesado, de haber sido interrogados, que el camino era, en verdad, una locura. Lo han confesado individualmente. Únicamente en el imperio de la organización no han podido encontrar de nuevo el camino de la razón.

Todo lo contrario: el camino los separaba forzosamente, favorecido — según se ha dicho — por la

despersonalización de la propiedad.

De esta manera el camino queda — si se me permite la frase — consolidado científicamente en la apariencia. Poco a poco se va produciendo una ideología que cree poder mantener a la larga el concepto de la propiedad, bien que los usufructuarios prácticos de este concepto no están formados sino por un porcentaje mínimo de la nación. Surgió al revés la opinión de que el concepto de la propiedad debía ser rechazado por ser tan reducido el porcentaje de usufructuarios prácticos. Provino de aquí la discusión sin fin y la guerra por el concepto de propiedad privada y por la « propiedad » en sí. Esta lucha dió lugar en lo sucesivo a que se separaran más y más los dos exponentes de la vida económica.

Lo que se desarrolló ahora, es en parte poco o nada natural. Desde el momento en que los dos interesados creen que su misión no tiene nada de común, no cabe duda que frente al contratista sólo puede existir el obrero organizado, claro es entonces que a la fuerza que representa el contratista sólo puede oponerse la reunida del obrero o empleado.

Una vez emprendido el camino, lógicamente habrá que poner la organización de los obreros y empleados ante la de los contratistas. Claro está que ambas organizaciones no se ocuparán una en otra, tolerándose, sino que más bien velarán por sus intereses, al parecer separados, por los medios de combate de que disponen, es decir: el paro forzoso y la huelga. En esta lucha, algunas veces vencerán los unos, otras los otros. Toda la nación será en ambos casos la

que ha de pagar el premio de la lucha, la que ha de sobrellevar el perjuicio.

El resultado final será que las dos organizaciones en vías de construcción se harán más embarazosas o engorrosas en vista del carácter de los alemanes de propender a la burocratización y se producirá un aparato cada vez más grande. El aparato acabará finalmente por no servirles a los interesados, sino que estos serán los que tengan que servir al aparato, y la lucha proseguirá para poder fundamentar la existencia del aparato, aun cuando a veces venga la razón bruscamente y diga: todo es una locura; la ganancia, medida por las víctimas, es ridícula; los sacrificios hechos por el aparato, contados en conjunto, son mucho más grandes que la ganancia posible. Los aparatos tendrán entonces que demostrar cuán necesarios son atizando la lucha de los interesados unos contra otros, pudiendo acontecer entonces que los aparatos, dándose cuenta de lo que pasa, acaben por entenderse y reconciliarse.

En otros términos: el aparato A dirá: cuanto me alegro de que esté aquí el aparato B, pues hallo siempre los medios para entenderme con el aparato B. Si no existiera este aparato y en su lugar lucharan fanáticos honrados — la cosa sería mil veces peor. Conocemos a las gentes del aparato B y sabemos perfectamente cómo hemos de tratarlas. Siempre hay un camino viable. Al César lo que es del César, al pueblo lo que es del pueblo — y a la organización obrera lo que es de la organización obrera. Ya se encontrará entonces un recurso para coexistir « pacíficamente ». Todo llegará a ser a veces un mal espectáculo; se ladrarán recíprocamente, se pelearán unos con otros, pero al final de cuentas no se harán nada, no se matarán — tampoco podrán hacerlo, puesto que de lo contrario no podrán existir ni las organizaciones obreras ni las sociedades y asociaciones de patronos. Todo, en resumen, vive a costas de la generalidad.

Esta lucha, emprendida mediante un derroche de medios, fuerzas de trabajo, etc. es una de las causas de la catástrofe provocada lentamente, pero con seguridad.

La segunda causa es el encumbramiento del marxismo.

El marxismo como concepto universal de la descomposición vió con mirada perspicaz en el movimiento de las organizaciones obreras la posibilidad de emprender la agresión y la lucha contra el Estado y la sociedad humana con un arma absolutamente aniquiladora. No para ayudar al obrero — ¿qué es el obrero, de cualquier país que sea, para estos apóstoles internacionales? ¡Nada, absolutamente nada!

¡No lo ven! Como que no se trata de obreros, sino *de literatos extraños al pueblo, de la chusma extraña al pueblo!*

Se han dado perfecta cuenta de que con el movimiento de las organizaciones obreras y los excesos provocados del otro lado es

como puede obtenerse un buen instrumento para emprender la lucha al mismo tiempo que para alimentarlos, pues en todos estos últimos decenios se ha alimentado la socialdemocracia política de esta lucha y de los medios para organizarla.

Hubo que inculcar a la organización obrera la idea: Tú eres un instrumento de la lucha de clases — y ésta encuentra, al fin de cuentas, su guía únicamente en el marxismo. ¡Ya nada más natural que rendirle tributo a la guía! ¡Y el tributo se ha recogido con creces! Los señores no se han contentado con un diez, sino con tipos de interés mucho más grandes.

Esta lucha de clases conduce a la proclamación de la organización obrera como puro instrumento para la representación de los intereses económicos de los obreros y consiguientemente para fines de la huelga general. La *huelga general* surge aquí por primera vez como factor político de gran fuerza y muestra lo que el marxismo había esperado efectivamente de esta arma: no un medio para salvar al obrero, todo lo contrario, un instrumento de combate para el aniquilamiento del Estado enemigo del marxismo. Hasta donde ha podido llegar semejante locura, de ello tenemos los alemanes un ejemplo terrible e instructivo: *la guerra*.

Numerosos leaders de la socialdemocracia, completamente transformados interiormente por el nuevo espíritu de los nuevos tiempos, arguyen ahora con la memoria un tanto debilitada: Es que la socialdemocracia luchó también en los campos de batalla.

**¡No, el marxismo no ha luchado nunca,
el que ha peleado ha sido el obreto alemán!**

En 1914, el obrero alemán, en un reconocimiento interior brusco — casi me atrevo a decir clarividente — se retiró del marxismo para incorporarse de nuevo a su pueblo, sin que pudieran evitarlo los leaders del marxismo que habían visto venir esta fatalidad. Algunos de ellos, muy pocos, regresaron en esta hora con el corazón al seno de su pueblo. Sabemos que un gran hombre, un hombre que ha intervenido decisivamente en la historia de los pueblos, Benito Mussolini, supo encontrar en estos momentos el camino de su pueblo. También en Alemania ha habido algunos que hicieron lo mismo. La gran masa de los leaders políticos no ha sacado para sí las consecuencias, ateniéndose al poderoso levantamiento del obrero alemán, no fué inmediatamente, voluntariamente, al frente: esta transformación interior espiritual parece que se les ahorró en aquellos tiempos, no obstante afirmar hoy lo contrario: perecieron obreros — los leaders se han conservado cuidadosamente en 99 por 100.

No figuran con el porcentaje de muertos y heridos que vemos en todo el pueblo. Creyeron que su actuación política era mucho más importante. En aquella época, 1914/15, vieron su misión en una discreta reserva, y más tarde en el mando de un determinado número de *outsiders*, vieron su misión en una reserva paulatina frente

al problema nacional. Finalmente llegó el cumplimiento en la revolución.

Sólo podemos decir a esto:

Si el movimiento de las organizaciones obreras hubiera estado entonces en nuestras manos, si hubiera estado en mis manos, pongo por ejemplo, si se hubiera desarrollado con la misma finalidad errónea como ocurrió entonces, nosotros los nacionalsocialistas hubiésemos puesto esta gigantesca organización al servicio de la patria. Hubiésemos declarado: conocemos naturalmente los sacrificios, estamos dispuestos a hacerlos nosotros mismos, no queremos evadirlos, lo que queremos es luchar con los demás, ponemos nuestra suerte y nuestra vida en manos de la poderosa Providencia como han de hacerlo los otros. Lo hubiésemos hecho sin más ni más.

Has de saber, obrero alemán: No se trata ahora de decidir sobre Alemania como Estado, del Imperio como forma de gobierno, no se decide sobre la monarquía, ni sobre el capitalismo ni el militarismo, sino sobre el ser o no ser de nuestro pueblo, y nosotros los obreros alemanes hacemos el 70 por 100 de este pueblo. ¡Sobre nosotros se decide!

He aquí lo que debía saber y se podía saber en aquel entonces. Debíamos saberlo. Hubiésemos sacado todas las consecuencias para nuestra propia vida y naturalmente que también hubiésemos sacado las consecuencias para el movimiento de las organizaciones obreras. Hubiésemos dicho: Obrero alemán, lo que queremos es defender tus derechos. Seguramente que entonces hubiésemos tenido que hacerle frente al Estado, es decir, hubiésemos protestado contra los excesos y la desvergonzada conducta de las *sociedades de guerra*.

Hubiésemos protestado contra esta *chusma de chanchulleros* y hubiéramos intervenido para hacer entrar en razón a esta *canalla*, hasta empleando sogas en caso de necesidad.

Hubiésemos derribado a cuantos se hubiesen negado a servirle a la Patria. Hubiéramos dicho: al hacer frente ahora es porque no anhelamos otra cosa que la victoria de nuestro pueblo, no la victoria de una forma de gobierno, sino la victoria para la conservación de nuestra vida. Y si perdemos la guerra, no hemos perdido una forma de gobierno, sino que se le ha quitado el pan a millones de hombres. Y los primeros que pierdan el pan no serán seguramente los capitalistas y los millonarios, sino los obreros manuales, la masa pobre y empobrecida.

Fué un crimen el no haber procedido de esta manera. No se hizo porque hubiera sido proceder contra el sentido interno del marxismo, pues éste no quería otra cosa que el aniquilamiento de Alemania. Hubo de esperar hasta creer que el pueblo y el Reich, desmoralizados por la enorme superioridad numérica, no serían

capaces de arrostrar los ataques de dentro. Cayeron entonces sobre ellos.

¡Y Alemania fué vapuleada, llevándose la peor parte el obrero alemán!

La suma de miseria, sufrimientos y desgracias que han pasado desde entonces por millones de pequeñas familias obreras y pequeños hogares domésticos pesa gravemente sobre la responsabilidad de los criminales de Noviembre de 1918. No han de quejarse ahora de nada. No hemos ejercido ninguna venganza. Si hubiéramos querido hacerlo — hubiéramos tenido que matarlos a decenas de millares.

Hablan mucho de que también los socialdemócratas estuvieron en los campos de batalla. ¡Los obreros alemanes estuvieron en los campos de batalla! Pero si en aquel tiempo hubiesen abrigado sentimientos socialdemócratas en momentos de obsecación — no ha sucedido tal cosa, y quien haya estado en el frente como soldado sabe perfectamente que nadie pensaba entonces en ningún partido — si hubiese sido así: que vileza la de estos jefes de robar a sus propias gentes, a las víctimas de esta lucha, el fruto de estos sacrificios, de hurtar con ello a sus propias gentes tanta miseria, tantos sufrimientos de muerte, penas, hambre y noches de insomnio. No podrán remediar jamás los males que infligieron a nuestro pueblo con semejante crimen. Y, ante todo, nunca podrán reponer los daños que causaron al obrero alemán sometiéndolo por espacio de muchos decenios a un aislamiento mental cada vez más terrible, cargándolo en Noviembre de 1918 por la vil acción de grupos mezquinos e irresponsables con una acción de la que él no podía ser responsable. Desde los días de Noviembre de 1918 se viene consolidando en millones de alemanes la creencia de que el obrero alemán tiene la culpa de nuestra desgracia. El, que tantos y tan indecibles sacrificios tuvo que hacer, que tuvo que llenar nuestros regimientos con millones de sus mosqueteros, fué señalado bruscamente como el responsable de los hechos cometidos por los aniquiladores perjuros, embusteros y degenerados de la patria. ¡No podía haber cosa peor! Desde aquel momento dejó de existir para muchos millones de hombres en Alemania la comunidad nacional. Millones se entregaban a la desesperación y otros clavaban la mirada en lo incierto sin poder encontrar de nuevo el camino hacia el pueblo. Con la comunidad nacional quebrantóse automáticamente la economía alemana, ya que la economía no es una cosa en sí, sino más bien un fenómeno vivo, una de las funciones del cuerpo del pueblo, y su proceder y todo su curso son determinados por hombres. Si los hombres llegan a ser exterminados de esta manera, no habrá por que extrañarse de que también la economía vaya siendo destruída paulatinamente. La locura del pensar individualmente se suma a la locura del pensar de la colectividad y acaba por destruir algo cuya destrucción infligirá a la totalidad los más graves perjuicios.

La tercera causa del desarrollo fatal yace en el propio Estado.

Algo hubiera habido que tal vez hubiese podido ponerse frente a estos millones: este algo hubiese sido el Estado si éste no hubiera degenerado en juguete de los grupos interesados. No es pura casualidad el que el desarrollo total se efectúe paralelamente a la democratización de nuestra vida pública. Esta democratización dió lugar a que el Estado cayera primeramente en manos de determinadas clases sociales identificadas con la propiedad en sí, con los patronos como tales. La gran masa del pueblo tenía más y más la sensación de que el Estado no era una institución objetiva, puesta por encima de los acontecimientos, que no encarnaba ninguna autoridad objetiva, sino que más bien era el flujo del querer económico y de los intereses económicos de grupos determinados dentro de la nación, y que la dirección del Estado justificaba tal aseveración. La victoria de la burguesía política ya no era otra cosa que la victoria de una clase social producida por leyes económicas, de una clase que carecía, a su vez, de todas las condiciones necesarias para una dirección política efectiva; que hacía que la dirección política dependiera de los fenómenos y sucesos eternamente variables de la vida económica y de los efectos de esta en el terreno de la sugestión de las masas, de la preparación de la opinión pública, etc. En otros términos: El pueblo tenía, con razón, la sensación de que en todos los ramos de la vida tiene lugar una selección natural, partiendo siempre de la capacidad para este ramo determinado de la vida, menos para uno: el de la dirección política. En el ramo de la dirección política echóse mano repentinamente de un resultado de selección que debe su existencia a un proceso enteramente diferente.

Mientras que entre los soldados es muy natural que sea jefe únicamente quien ha recibido la instrucción debida, no era lógico que sólo pudiera ser guía político quien tuviese la instrucción necesaria y demostrase la capacidad para serlo, sino que más bien se fué extendiendo la opinión de que bastaba pertenecer a una determinada clase de la sociedad, nacida de leyes económicas, para sentir la aptitud indispensable para regir un pueblo. Hemos conocido las consecuencias de este error. La clase que se arrogaba esta dirección ha sufrido un tremendo fracaso en las horas críticas y resultado ser completamente inútil en los momentos más graves que ha tenido la nación.

Todo batallón alemán ha realizado otro trabajo. No se olvide que este nuestro pueblo tenía entonces millones de hombres frente al enemigo, y nadie ignora cuan grandes son la energía y la fuerza de voluntad que debe tener el individuo para llevar una tropa — pongamos por ejemplo — de la reserva al frente de batalla, siempre con la muerte ante los ojos, avanzando siempre en la zona de fuego sin vacilar ni titubear. Y en casa presenciarnos el triste espectáculo de ver que la dirección política retrocede ante un puñado

de cobardes desertores, de unos miserables que carecen de valor para ponerse ante el enemigo, y que la patria capitula ante estos cobardes. No se nos venga con que no había otro camino. ¡Sólo para estos dirigentes no había más remedio que éste!

Para cualquier otra dirección hubiera estado bien marcada la ruta y no hubiera habido después necesidad de decir que la capitulación había obedecido a órdenes dadas desde arriba. En ciertos momentos del desarrollo, de la evolución histórica, no hay ni puede haber órdenes que obliguen al hombre o al gobernante a capitular ante el infortunio o a dejar el campo ante semejante inferioridad.

Creo que si alguien hubiese tenido derecho a capitular, hubiera sido en millares y millares de casos el soldado alemán, quien, merced a una diplomacia alemana no muy prudente ni hábil, tuvo la desgracia de afrontar por espacio de 4½ años los ataques de un ejército casi siempre mayor en número y que a pesar de todo — por hallarse en la creencia de que luchaba y peleaba por su pueblo — no pudo sacar otras consecuencias que las que puede sacar un soldado decente, a saber: vencer o morir.

No, no ha sido ninguna casualidad: una evolución errada resultó ser definitivamente el 9 de Noviembre una evolución errada, una construcción errada acaba de revelarse estos días como una construcción errónea, y sólo resta saber, lo cual es cuestión del tiempo, si esta construcción acabaría definitivamente con Alemania o si Alemania tendría otra vez la fuerza y la energía necesarias para vencer esta construcción. Creo que nos encontramos en el período en que esta construcción ha sido vencida definitivamente.

Pero al propio tiempo nos encontramos en el período en que debemos abordar la cuestión relativa a la reconstrucción de nuestra economía alemana, no sólo para reflexionar radicalmente acerca de la misma, sino también para resolverla radicalmente viéndola no por fuera y por arriba, sino investigando las causas internas de la decadencia y resueltos a eliminarlas. Creemos que debemos empezar aquí primeramente por donde ha de estar hoy el principio, a saber: por el propio Estado.

Hay que levantar una nueva autoridad,

y esta autoridad ha de ser independiente de las corrientes momentáneas del espíritu de la época, independiente ante todo de las corrientes que revela el egoísmo reducido y limitado económicamente. Ha de erigirse una conducción estatal que represente una autoridad real y efectiva, una autoridad que no dependa de ninguna clase social. Hay que establecer una dirección estatal en la que todo ciudadano tenga la *fé* y la *confianza* de que no quiere otra cosa que la dicha del pueblo alemán, el bien de este pueblo, una dirección de la que pueda decirse con razón que es independiente hacia todos lados.

Se ha hablado tanto de la época absolutista de los pasados tiempos, del absolutismo de Federico el Grande y de la época democrática de nuestros tiempos parlamentarios. Los tiempos pasados eran los más objetivos vistos con los ojos del pueblo, pudiendo velar por los intereses de la nación de una manera más objetiva, al paso que los tiempos posteriores fueron degenerando más y más en la pura representación de intereses de cada clase social. Nada puede demostrarlo mejor que la divisa: El dominio de la burguesía ha de ser substituído por el del proletariado, es decir, se trata únicamente de un cambio de la dictadura de clases,

**mientras que nosotros queremos la dictadura del pueblo,
o sea la dictadura de la totalidad, de la comunidad.**

No vemos que lo decisivo en una posición social sea una clase social; esto pasa en el sino y en el tiempo de los milenarios. Esto viene y desaparece. Lo que queda es la substancia en sí, una substancia de carne y de sangre: nuestro pueblo. Es lo que es y lo que permanece, y sólo ante él debe uno sentirse responsable. Sólo entonces se creará la primera condición para la curación de nuestras profundas heridas económicas. Sólo entonces se reavivirá para millones de seres humanos la convicción de que el Estado no es la representación de los intereses de un grupo o una clase social y de que el Gobierno no es el agente de un grupo o de una clase social, sino el agente del pueblo en sí. Si de uno u otro lado hay hombres que no pueden o creen no poder someterse o rendirse a ello, la nueva autoridad tendrá que salirse con las suyas ya sea contra un lado o contra el otro. Tendrá que hacer ver a todos que no deriva su autoridad de la buena voluntad de cualquier clase social, sino de una ley: ¡la necesidad de la conservación de la nacionalidad en sí!

Es necesario, además, eliminar cuantos sucesos abusen conscientemente de la delibidad humana para poder emprender con su auxilio una empresa mortal. Al declarar yo hace 14, 15 años y repetir desde entonces ante la nación alemana que

**mi misión ante la historia alemana la veo
en la destrucción del marxismo,**

no he dicho una frase huera, sino un sagrado juramento que pienso cumplir mientras circule una gota de sangre por mis venas.

Esta confesión, la confesión de un solo hombre, la he hecho confesión de una poderosa organización. Una cosa sé ahora: si la suerte me llevase de este mundo, esta lucha sería continuada y no acabaría nunca, este movimiento lo garantiza. Esta lucha no es ninguna lid que pudiera terminarse con un mal arreglo amigable. ¡En el marxismo vemos al enemigo de nuestro pueblo, al enemigo que aniquilaremos, que exterminaremos hasta la última raíz, consecuentemente, inexorablemente!

Sabemos asimismo que en la vida económica suelen chocar a menudo los intereses unos contra otros, o parecen estar en pugna unos con otros, que el obrero se siente perjudicado, que lo es a menudo, y que también el patrono se ve acosado, que a menudo también lo está, que lo que para unos parece ser una ganancia, lo tienen otros por desgracia propia, lo que para uno es un éxito, significa a veces para otro la ruina segura. Lo sabemos y lo vemos, y sabemos también que los hombres sufren y han sufrido siempre sus consecuencias. Pero precisamente por eso resulta ser muy peligroso el que una organización no persiga otro objeto que aprovecharse conscientemente de estos terribles fenómenos de la vida para destruir al pueblo entero. Por ser así, conviene destruir una organización y exterminar una teoría que abusa de estas debilidades naturales, de debilidades que radican en la *insuficiencia de los hombres*, pues sabemos perfectamente que la meta de toda esta evolución, digo mal, de esta lucha entre el puño y la frente, entre la masa, es decir, el número y la calidad es: destrucción de la calidad de la frente. Esto no es seguramente una bendición para el número ni un encumbramiento del obrero, sino que viene a significar: miseria, penuria, la ruina definitiva.

Vemos la crisis económica y no somos tan pueriles para creer que todas estas dificultades puedan quedar eliminadas de la noche a la mañana, con sólo anhelar algo mejor. Ponemos también la insuficiencia humana en juego, la cual hará siempre una mala jugada a los hombres y desnaturaliza con frecuencia las mejores ideas, la mejor voluntad. Mas nosotros tenemos la firme voluntad y el inquebrantable propósito de no dejar que llegue a tal punto, sino de luchar y seguir luchando — toda la vida es una lucha continua — contra tales eventos, de poner la razón en su lugar y hacer que el interés común pase a primer término. Si se malogra por el momento — ¡lo que hoy no se logra, deberá lograrse mañana! Y si alguien replicare: ¿Cree usted que cesarán algún día los sufrimientos?, le contestaré: sí, señor, cuando llegue la época en que no haya hombres insuficientes en el mundo, pero como temo que la insuficiencia de los hombres no acabará jamás, los sufrimientos no cesarán nunca. No es posible arreglar las cosas para toda la eternidad desde una sola generación.

Cada pueblo tiene la obligación de cuidar de sí mismo. Cada época tiene la misión de arreglar sus cuitas por sí solo. No crean ustedes que vamos a quitárselo todo al porvenir. No y no, tampoco queremos educar a nuestra juventud para que se convierta en sucio parásito de la vida o para disfrutar cobardemente lo que otros han creado. No, lo que desees poseer — tendrás que ganarlo de nuevo, tendrás que lanzarte una vez y otra a la lucha. Para esto queremos educar a los hombres. No queremos infundirles desde un principio la falsa teoría de que esta lucha es algo innatural o indigno del hombre; todo lo contrario, queremos inculcarles la idea de que esta lucha es la eterna condición para la selección, que sin

la eterna lucha no habría hombres en la tierra. ¡No, lo que hacemos ahora — lo hacemos para nosotros!

Domando por hoy la crisis, obramos para lo por venir,

puesto que mostramos a nuestros descendientes cómo han de hacerlo cuando les llegue su tiempo, así como nosotros debemos aprender del pasado lo que tenemos que hacer hoy. Si la generación anterior a nosotros hubiese pensado de igual manera, según nos quieren hacer creer, de seguro que nosotros no estaríamos aquí. No puedo decir que para lo futuro sea bueno lo que he creído falso para lo pasado. Lo que la vida me da a mí y a nosotros, ha de ser justo para la vida de nuestros descendientes, de modo que estamos obligados a obrar con arreglo a esto.

Debemos, pues, proseguir la lucha hasta la última consecuencia contra los acontecimientos que han corroído al pueblo alemán en los últimos 17 años, que nos han causado tan terribles perjuicios y que, de no haber sido vencidos, hubieran aniquilado a Alemania. Bismarck dijo una vez que el liberalismo era el entrenador de la socialdemocracia. No es preciso que diga aquí que la socialdemocracia es el entrenador del comunismo.

**El comunismo es el entrenador de la muerte,
de la muerte del pueblo, de la ruina.**

Hemos emprendido la lucha contra él y la continuaremos hasta el fin. Como ya tantas veces en la historia de Alemania, así ahora se verá que el pueblo alemán va adquiriendo, a medida que aumenta la miseria, mayor fuerza y nuevos bríos para hallar el camino hacia arriba y hacia adelante. ¡También esta vez lo encontrará, digo más, estoy convencido de que lo ha encontrado ya!

Paso ahora a la tercera medida: la liberación de las asociaciones consideradas primeramente como dadas, del influjo de los que creen ver en ellas y poseer en estas asociaciones una última posición de retirada. ¡Que no se entreguen a falsas conjeturas! Lo que ellos construyeron lo tenemos nosotros por falso. Vemos que el genio alemán despertó aquí lentamente en millones de individuos, contra la propia voluntad de estos arquitectos, un sentimiento que hubo de exteriorizarse en la institución de organizaciones poderosas. Ellos mismos hubieran destruido las organizaciones. Se lo recibimos, mas no para conservarlo todo para lo por venir, sino para salvarle al obrero alemán los céntimos ahorrados que ha invertido en la obra y para que actúe con los mismos derechos en la formación del nuevo estado de cosas, para darle la posibilidad de intervenir como factor investido de iguales derechos que los demás. ¡Se ha de crear un nuevo Estado con él, nunca contra él!

No ha de tener la sensación de ser considerado como paria, como proscrito o estigmatizado. ¡Bien al contrario! Desde un principio, en la gestación y formación del nuevo Estado, queremos inculcarle el sentimiento de ser alemán que goza y disfruta de los

mismos derechos y prerrogativas que el resto de sus connacionales. El mismo derecho no es en mis ojos otra cosa que el complacerse en tener los mismos deberes y obligaciones.

**No se hable siempre únicamente de derecho,
háblese también del deber.**

El obrero alemán debe disipar en los millones del otro lado la creencia de que ni el pueblo alemán ni su revolución le importan un ardite. Seguramente que habrá elementos que no quieran tal cosa. También los hay del otro lado de nuestro pueblo. Sobre todos ellos pasará la suerte a la orden del día.

Se encontrarán en Alemania hombres que con toda sinceridad y de todo corazón no quieran otra cosa que la grandeza de su pueblo. Ya se entenderán unos con otros, y de fijo se entenderán, y si alguna vez llegase a retornar la duda y a hacerles una mala jugada la dura realidad, gustosamente actuaremos nosotros de corredores, de agentes de cambio y bolsa.

**La misión del Gobierno consistirá entonces en volver a juntar
las manos que están para soltarse, haciéndolo como agente
honrado y probo,**

y repitiendo al pueblo alemán una y otra vez: no debéis reñir, no debéis juzgar por las apariencias, no debéis abandonaros por la sencilla razón de que la evolución haya seguido tal vez en el decurso de los siglos caminos que nosotros no podemos tener por felices, sino que todos vosotros debéis tener siempre presente que vuestro deber es la conservación de vuestra nacionalidad. ¡Ya se encontrará entonces un camino — precisa hallar un camino! No puede decirse: se ha hecho imposible el camino hacia la vida de la nación porque la hora opone quizá dificultades. Pasará la hora, mas la vida ha de ser, y será.

Con ello adquiere un gran sentido moral *el movimiento obrero alemán en su totalidad*. Al proceder a la construcción de un nuevo Estado, de un Estado que sea el resultado de muy grandes concesiones de ambos lados, queremos enfrentar dos contrayentes que abrigan sentimientos nacionales en el corazón, dos contrayentes que sólo ven a su pueblo ante sí, dos contrayentes dispuestos a toda hora a posponerlo todo para alcanzar este provecho común, pues sólo siendo esto posible desde un principio creo barruntar el éxito de tamaña acción.

**Aquí decide también el espíritu del cual ha nacido el hecho. No
ha de haber vencedores y vencidos fuera de un solo vencedor:
nuestro pueblo alemán.**

Vencedor de las clases sociales y vencedor sobre los intereses de cada uno de estos grupos de nuestro pueblo. Con ello contribuiremos y llegaremos al refinamiento del concepto de trabajo, trabajo éste que, como es natural, no puede hacerse de la noche a la mañana.

Así como este concepto ha sufrido sendas modificaciones a través de los siglos, así en este caso tendremos necesidad de muchos siglos para poder transmitir al pueblo alemán todos estos conceptos en su forma pristina. El objetivo perseguido impertérritamente por el movimiento que representamos yo y mis compañeros de armas será elevar la palabra obrero a un gran título de honor de la nación alemana. No en balde hemos incluido esta palabra en la denominación de nuestro movimiento — y no porque esta palabra nos haya aportado alguna vez un gran provecho. ¡Al contrario! Lo que nos trajo fué odio y hostilidad de una parte, e incomprensión de otra. Hemos elegido esta palabra porque con la victoria de nuestro movimiento queríamos elevar victoriosos el vocablo.

La hemos elegido para que en este vocablo se encuentre al final, además del concepto pueblo, la segunda base: la unión de los alemanes, pues nadie que abrigue una voluntad noble podrá hacer profesión de otra cosa que de esta palabra.

Soy de por sí enemigo de aceptar títulos honoríficos, y no creo que algún día haya quien me eche en cara lo contrario. Lo que no sea absolutamente necesario que haga, no lo hago. Nunca quisiera mandarme hacer tarjetas de visita con títulos que le conceden a uno gloriosamente en este mundo que habitamos. No quisiera en mi lápida sepulcral otro nombre que el mío seco y escueto. Probable es que por los caminos que me ha trazado el sino esté yo más que nadie capacitado para comprender la esencia, el sér, y la vida toda de las diversas clases del pueblo alemán, no porque haya podido observar esta vida desde arriba, sino por haberla vivido en persona, por haberme hallado en medio de ella, por haberme arrojado la suerte caprichosa, o tal vez providencial, dentro de esta gran masa del pueblo y de los hombres. Por haber trabajado yo luengos años como simple trabajador para ganarme el sustento cotidiano, y por haber estado por segunda vez en esta gran masa como soldado raso, y porque a la vida plugo confundirme con otras clases de nuestro pueblo, al punto de poder decir que las conozco mucho mejor que tantísimas personas que nacieron en ellas. Así es que la suerte parece haberme predestinado a mí más que a ninguno a ser el — permitaseme emplear esta palabra para mí — el corredor o agente honrado,

el agente honrado en todos sentidos.

Aquí no estoy interesado personalmente; ni dependo del Estado ni de ningún cargo público, como tampoco dependo de la economía ni de la industria, ni de ninguna organización obrera. Soy un hombre independiente y no me he propuesto otro objetivo que serle útil al pueblo alemán en la medida de mis fuerzas — a ser útil aquí precisamente a millones de hombres que tal vez por su buena fé, su ignorancia y la maldad de sus antiguos leaders son los que más han sufrido.

Siempre he creído y dicho que no puede haber cosa mejor que ser abogado de todos aquellos que no pueden defenderse bien ellos mismos.

Conozco la gran masa del pueblo y sólo quisiera decirles una cosa a nuestros intelectuales: todo Estado que querráis levantar exclusivamente sobre las bases del intelecto es de construcción endeble.

Conozco este intelecto: siempre cavilando, siempre investigando, pero también eternamente inseguro, eternamente vacilante, móvil, nunca firme. Quien quiera construir únicamente sobre este intelecto un imperio, se convencerá bien pronto de que no construye nada sólido ni estable. No es pura casualidad el que las religiones sean más estables que las formas de Estado. En los más de los casos suelen hundir más profundamente sus raíces en el seno de la tierra; serían inimaginables sin esta gran masa del pueblo. Sé que las clases intelectuales suelen ser atacadas muy fácilmente de la arrogancia de creer medir este pueblo por el rasero de sus conocimientos y de su llamada inteligencia; y, sin embargo, hay aquí cosas que a menudo no ve la inteligencia de los inteligentes porque no puede verlas. Esta gran masa es seguramente tarda en el pensar y obrar, a veces retrógrada y poco amovible, no muy ingeniosa ni tampoco genial, pero tiene algo: tiene fidelidad, tiene perseverancia, tiene estabilidad.

Puedo decir: La victoria de esta revolución no hubiera sido nunca un hecho si mis compañeros, la gran masa de nuestros pequeños conciudadanos, no nos hubieran asistido haciendo alarde de una fidelidad sin igual y de una perseverancia incommutable.

Nada mejor puedo imaginarme para nuestra Alemania que lograr que estos hombres, que están fuera de nuestras filas de combate, entren en el nuevo Estado y se conviertan en uno de sus más fuertes y poderosos cimientos.

Dijo una vez un poeta: «Alemania estará en el apogeo de su grandeza el día en que sus hijos más pobres sean sus ciudadanos más fieles». He conocido a estos pobres hijos por espacio de cuatro años y medio como mosqueteros en la gran guerra; los he conocido, he conocido a aquellos que quizá nada tenían que ganar para sí y que sólo obedeciendo a la voz de la sangre, por el hecho de sentirse alemanes, llegaron a ser héroes.

Ningún pueblo tiene más derecho que el nuestro a levantar monumentos a su mosquetero desconocido. Esta impávida guardia, que se mantuvo firme en tantas y tantas batallas sangrientas, que nunca vaciló ni retrocedió, que ha dado tantos ejemplos de inaudito valor, de fidelidad, disciplina y obediencia sin límites, tenemos que conquistarla para el Estado, debemos ganarla para el Reich que viene,

para nuestro tercer Reich. Esto es, sin duda alguna, lo más precioso que podemos darle.

Precisamente porque conozco este pueblo mejor que cualquiera que conoce a la vez al resto del pueblo, estoy dispuesto en este caso, no sólo a hacerme cargo del papel de agente honrado, sino que me siento feliz de que la suerte me haya deparado este papel.

¡No sentiré nunca mayor orgullo en mi vida que el poder decir cuando cierre los ojos para siempre: he ganado, luchando, al obrero alemán para el Reich de los alemanes!

El Canciller Adolf Hitler

ante el Reichstag, el día 17 de mayo de 1933*).

Señores diputados:

En nombre del Gobierno del Reich he solicitado del Señor presidente del Reichstag la convocatoria del mismo al objeto de poder pronunciarme ante esa asamblea sobre los problemas que hoy preocupan, no sólo a nuestro pueblo, sino al *mundo entero*.

Estos problemas, que los señores Diputados conocen, son de tan gran importancia que de su feliz solución depende la *pacificación política* y la *salvación económica* del mundo.

Al expresar a este respecto, en nombre del Gobierno alemán, el deseo de que el tratamiento de esos problemas quede *sustraído a todo género de apasionamiento*, surge este deseo en primer término de un convencimiento que a todos domina, a saber, que el origen profundo de la crisis actual reside precisamente en las *pasiones* que, desatadas después de la guerra, han obscurecido la *clara visión* y el *juicio* de los pueblos.

Porque es en los *defectos del Tratado de Paz* donde hay que buscar la causa de los problemas de nuestros días, en ese Tratado que no supo en su día encontrar para el porvenir una solución elevada, clara y razonable de los problemas entonces planteados. El Tratado no resolvió en forma permanente, capaz de resistir a una crítica razonable, ninguno de los problemas, o de las reclamaciones formuladas por los pueblos en el terreno nacional, económico o jurídico. Es comprensible, por lo tanto, que *la idea de revisión, además de afirmarse constantemente al margen del Tratado y en vista de los efectos de su aplicación, apareciera ya como necesaria a los autores del mismo y quedara jurídicamente prevista en el texto del documento*.

Al referirme ahora brevemente a los problemas que dicho Tratado hubiese debido resolver, me inspiro en la consideración de que el fracaso sufrido en este punto forzosamente tenía que dar lugar a situaciones perjudiciales para la vida política y económica de los pueblos como las posteriormente surgidas.

Los problemas políticos

son los siguientes: Durante muchos siglos respondieron los estados europeos y sus fronteras a concepciones de carácter exclusivamente político. La marcha victoriosa de la idea nacional y del principio de las nacionalidades en el curso del pasado siglo y la indiferencia hacia esas nuevas ideas y

*) Texto oficial.

nuevos ideales por parte de Estados que respondían a otros principios, fueron la semilla de numerosos conflictos. Ninguna misión más elevada hubiese podido corresponder, llegado el término de la guerra mundial, a una verdadera conferencia de la paz que la de establecer

un nuevo ajustamiento y un nuevo orden de los estados europeos

basados hasta el límite máximo de lo posible en el reconocimiento de este hecho y de este principio. Cuanto más se hubiesen ajustado, dentro de este orden nuevo, las *fronteras de los estados a las de los pueblos*, tanto mejor se hubiese contribuido con ello a eliminar un gran número de posibilidades de conflicto para el porvenir. Más aún, esta reorganización territorial de Europa sobre la base de las verdaderas fronteras de los pueblos, hubiese podido ser la solución histórica, dictada por la visión del porvenir, y susceptible de representar para vencedores y vencidos una a modo de compensación por los sangrientos sacrificios de la guerra, ya que con ella se hubiesen echado los cimientos de una verdadera paz mundial.

Pero en lugar de ello, en parte por *desconocimiento* y en parte cediendo al dictado de la *pasión* y del *odio*, se adoptaron soluciones que por su *falta de lógica* y de *equidad* llevaban en sí mismas la perpetuación del germen de nuevos *conflictos*.

Los

problemas económicos

que la Conferencia de la Paz tenía que resolver eran como sigue:

La alarmante situación económica de Europa se ve caracterizada por el *exceso de población en el oeste europeo* y la *escasez* en esta región de ciertas primeras materias, que precisamente son indispensables en las regiones que, por razón de su alta cultura, gozan de un nivel de vida elevado. Si los autores del Tratado de Paz se hubiesen propuesto la verdadera pacificación de Europa por un periodo humanamente previsible, en lugar de dejarse absorber por conceptos estériles y peligrosos como los de *arrepentimiento*, *castigo*, *reparación*, etcétera, hubiesen reconocido la verdad profunda de que

la falta de posibilidades de existencia ha constituido y constituirá siempre una fuente de conflictos entre los pueblos.

En lugar de predicar la idea de *aniquilamiento* hubiesen debido elevarse hasta un *nuevo orden* de las relaciones políticas y económicas internacionales justo en toda la medida de lo posible para las necesidades de existencia de cada uno de los pueblos.

No es prudente privar de los medios de vida a un pueblo, sin parar mientes en que su población no deja por ello de estar obligada a vivir en el mismo territorio. Que la ruina económica de un pueblo de 65 millones de almas pueda redundar en beneficio de otros pueblos es una idea absurda. No tardarían los pueblos que de tal modo procedieran en darse cuenta de que, por una ley natural de causa y efecto, habrían de ser llevados a la misma catástrofe que ellos pretendían desencadenar. La idea de las reparaciones y su aplicación práctica quedará un día inscrita en la historia universal

como el ejemplo típico de los estragos que la pasión puede provocar en contra de la común prosperidad de los pueblos.

En realidad la política de reparaciones sólo podía ser ejecutada por medio de la exportación alemana. Pero en tanto que Alemania fuese considerada como una empresa internacional exportadora, la exportación de los países acreedores había de resultar perjudicada. Los *beneficios económicos* de los pagos por reparaciones hablan de estar, por lo tanto, fuera de toda proporción con los *perjuicios* que las mismas reparaciones tenían que determinar en la economía particular de cada país.

La tentativa de querer desviar este proceso y *limitar las exportaciones alemanas* por medio de *créditos* de compensación que permitieran hacer frente a los pagos, era igualmente falta de previsión y *falsa* en último término. La conversión de las obligaciones políticas en obligaciones de carácter particular implicaba la creación de un *servicio de intereses* imposible de cumplir sin llegar a los mismos resultados que se trataba de evitar. Lo peor fué, sin embargo, la perturbación de la vida económica interior de los pueblos, y su eventual estancamiento, como consecuencia de esa obligación de exportar a toda costa. La lucha en los mercados mundiales a fuerza de abaratar cada vez más los precios condujo a un *exceso de racionalización* de la economía.

Los millones y millones de obreros alemanes sin trabajo son el último resultado de este proceso.

Si, al contrario, se pretendía que Alemania hiciese frente a las reparaciones únicamente con prestaciones en especie, el *perjuicio que por este procedimiento había de acarrear a la producción interior* de los países así favorecidos no iba tampoco a ser menor. En efecto, no es posible imaginar siquiera prestaciones de tal importancia sin poner en grave peligro la propia producción de los países a los cuales iban destinadas.

Es culpa del Tratado de Versalles haber inaugurado una era en la que la sana economía parece amenazada de muerte por las fantasías financieras.

Alemania ha cumplido las obligaciones que le fueron impuestas, a pesar de la injusticia que ellas encerraban y de sus consecuencias fácilmente previsibles, con una fidelidad casi suicida.

La crisis económica mundial es la prueba incontrovertible de la exactitud de esta aseveración.

La necesidad de restablecer el sentido internacional del derecho con carácter general, fué un problema asimismo desconocido por el Tratado de Versalles, ya que precisamente para poder motivar el conjunto de sus estipulaciones fué preciso

presentar a Alemania como culpable.

Este procedimiento inaceptable reduce a la máxima simplicidad las causas de los conflictos humanos para el porvenir: la culpa será siempre de los vencidos, porque el vencedor tendrá siempre la posibilidad de hacerlo constar así en el preámbulo del tratado de paz.

Este acto ha tenido consecuencias terribles porque fué tomado como base para *transformar* en estado jurídico permanente la *relación de*

fuerzas existente al final de la guerra. Los conceptos de *vencedores* y *vencidos* pasaron a ser el fundamento de un nuevo derecho y de un nuevo orden social internacional.

La descalificación de un gran pueblo en nación de segundo grado y de segunda clase fué proclamada en el momento mismo en que había de surgir a la vida una Sociedad de Naciones.

Este tratamiento impuesto a Alemania no podía conducir a la *pacificación del mundo*. Se estimó entonces que era necesario *desarmar* a los vencidos y *privarles de medios de defensa*. Este procedimiento — sin precedentes en la historia de las naciones europeas — es además ineficaz para suprimir los peligros y posibilidades de conflicto. Al contrario, dió lugar a una serie de *amenazas, exigencias y sanciones* que provocando, a su vez, una inseguridad e intranquilidad incesantes, amenazan con ser causa de la *ruína económica mundial*. Cuando en la vida de los pueblos cesa la reflexión sobre los riesgos que ciertas acciones pueden llevar consigo, nada tiene de extraño que la *sinrazón* triunfe fácilmente sobre la *razón*. La Sociedad de Naciones no ha conseguido, hasta ahora por lo menos, prestar, en tales ocasiones, ninguna ayuda real a los que, precisamente por débiles y desarmados, más podían necesitarla. Los tratados destinados a establecer la paz en la vida de los pueblos carecen de verdadero contenido si no se basan en un reconocimiento leal y sincero de la igualdad de derechos entre todas las partes.

En esto reside precisamente la causa principal de la agitación que desde hace años domina en el mundo.

Por otra parte, la solución razonable y definitiva de los problemas hoy planteados interesa a todos por igual. Ninguna nueva guerra europea podría dar lugar a que las actuales circunstancias, poco satisfactorias, fuesen substituídas por otras mejores.

¡Al contrario! Ni política, ni económicamente, podría la aplicación de la fuerza crear en Europa una situación menos mala que la actual. Aun en el caso de que un éxito decisivo permitiera establecer un nuevo orden europeo basado en la violencia, el resultado final no podría ser otro que una mayor perturbación del equilibrio y el germen para que, de un modo o de otro, surgieran más tarde nuevas rivalidades y complicaciones. Nuevas guerras, nueva inseguridad y una nueva crisis económica serían la consecuencia. La explosión de esta locura sin fin habría de llevar consigo la ruína del presente orden político y social. Europa se hundiría en el caos comunista y quedaría abierta una crisis de incalculables dimensiones y de duración imposible de prever.

El Gobierno nacional de Alemania siente el profundo deseo de *colaborar sincera y activamente* a la obra de *impedir que tal catástrofe pueda producirse*.

Es éste, además, el verdadero sentido de la *revolución* que ha tenido lugar en Alemania y cuyos tres puntos de vista principales en modo alguno se contradicen con los intereses del resto del mundo:

Primero: Impedir la revolución comunista amenazante, creando un Estado nacional, inspirado en la idea de reconciliación de clases y manteniendo el principio de la propiedad privada como base de nuestra cultura.

Segundo: Resolver el más delicado de los problemas sociales, el del paro forzoso, reintegrando a la producción el ejército lamentable de millones de obreros parados. Tercero: Restablecer la estabilidad y la autoridad en la dirección del Estado al objeto de que este gran pueblo, contando con un Gobierno apoyado en la confianza y en la voluntad de la nación, pueda de nuevo volver a concertar tratados con el resto del mundo.

Al hablar en este momento como alemán nacionalsocialista consciente de sí mismo, quiero declarar en nombre del Gobierno y de todo el *movimiento nacionalista* que precisamente la joven Alemania y nosotros, sus representantes, estamos animados de la mejor voluntad para comprender idénticos sentimientos y aspiraciones, así como los legítimos derechos vitales de los demás pueblos. La joven generación alemana que hasta ahora sólo ha conocido en la vida las *miserias, privaciones y penalidades* de su propio pueblo, ha sufrido demasiado bajo la *locura imperante* para poder abrigar la intención de causar a los demás pueblos análogos sufrimientos.

Ligados a nuestro propio pueblo por un *amor* y una *fidelidad* sin límites, respetamos al mismo tiempo, y como fruto de nuestra convicción, los *derechos nacionales* de los demás pueblos y, desde lo más profundo de nuestro corazón, deseamos vivir en *paz* y *amistad* con ellos.

Nos es extraña, por lo tanto, toda idea de "germanización". El supuesto corrientemente admitido en el pasado siglo de que era posible convertir polacos o *franceses* en alemanes lo rechazamos en absoluto. Pero con idéntica energía estamos dispuestos a oponernos a toda tentativa en sentido contrario. Admitimos las naciones europeas que nos rodean como un hecho natural. Franceses, polacos, etc. son nuestros vecinos y sabemos que

no hay hecho histórico imaginable capaz de modificar esta realidad.

Ojalá que en el Tratado de Versalles hubiesen sido tenidas en cuenta esas realidades en cuanto a Alemania se refiere. El objetivo de una paz duradera no puede consistir en *abrir nuevas heridas* o en mantener abiertas las existentes, sino en *cerrarlas y curarlas*. De haber sido estos problemas tratados en su día con la debida reflexión, no hubiese sido difícil encontrar en la frontera oriental alemana una solución igualmente equitativa para las exigencias comprensibles de Polonia y para los derechos naturales de Alemania. *En el Tratado de Versalles no se ha encontrado esta solución.* A pesar de ello ningún Gobierno alemán tratará de romper por su sola iniciativa un convenio que no es posible suprimir si no se le reemplaza con otro *mejor*.

Pero al admitir el carácter jurídico del Tratado, debe entenderse que este reconocimiento tiene un sentido general. No solamente los vencedores, también los *vencidos* pueden exigir los derechos que del Tratado se derivan. El *derecho a reclamar la*

revisión de un tratado

está reconocido en el tratado mismo. Como motivo y medida para esta reclamación desea el Gobierno alemán aducir únicamente los *resultados*

de las experiencias hasta la fecha acumuladas, así como las consideraciones que se imponen a todo razonamiento crítico y lógico. En lo político y en lo económico las experiencias recogidas en el curso de 14 años son igualmente claras. La miseria de los pueblos, en lugar de disminuir, ha aumentado. La raíz profunda de esta miseria reside en la división del mundo entre vencedores y vencidos como base escogida para todos los tratados y para el nuevo orden de cosas. La consecuencia más lamentable de este punto de vista la encontramos en la *indefensión* impuesta a ciertas naciones frente a los *armamentos crecientes* de otras. Alemania reclama desde hace años el desarme general y ello por los siguientes motivos:

Primero: La demanda de *igualdad de derechos* formulada por Alemania es conforme a la *moral*, al *derecho* y a la *razón*. Su legitimidad está reconocida en el mismo tratado de paz y su cumplimiento va indisolublemente unido a la obligación de desarmar impuesta a Alemania como prólogo del desarme mundial.

Segundo: La *descalificación* de un gran pueblo no puede, de otra parte, ser históricamente mantenida por *tiempo indefinido*. Un día u otro tiene que terminar. ¿O hay quien cree que puede hacerse víctima a una gran nación de tal injusticia perpetuamente? ¿*Que representan las ventajas de un momento frente a la marcha continua de los siglos?* El pueblo alemán subsistirá, lo mismo que el francés y que el polaco. Tal es la enseñanza de la historia.

¿*Qué valor tiene el éxito de una opresión pasajera, mantenida sobre un pueblo de 65 millones de habitantes, frente a la fuerza de este hecho inconmovible?* Ningún estado está en mejores condiciones para comprender los nuevos estados nacionales europeos que la Alemania de la revolución nacional, surgida al impulso de una idéntica voluntad. Nada quiere Alemania para sí que no esté dispuesta también a dárselo a los demás.

Si Alemania reclama hoy una positiva igualdad de derechos, encaminada a lograr el desarme de los demás pueblos, es en el cumplimiento de los tratados por su parte donde encuentra el *derecho moral* para formular dicha reclamación. Porque

Alemania ha desarmado

y ello bajo la inspección del más riguroso control internacional.

Seis millones de carabinas y fusiles fueron entregados o destruidos. 130 000 ametralladoras, cantidades formidables de cañones para ametralladoras, 91 000 cañones, 38 750 000 granadas y enormes existencias de armas y municiones de toda clase hubo de destruir o entregar el pueblo alemán.

El territorio de Renania fué desmilitarizado, las fortificaciones alemanas arrasadas, nuestros buques fueron entregados al enemigo, nuestros aeroplanos destruidos, nuestro sistema de servicio militar cambiado y con ello imposibilitada la formación de reservas. Incluso *las armas defensivas más indispensables nos fueron denegadas*.

Cuando hoy, frente a estos hechos impresionantes e indiscutibles, se pretende con excusas y subterfugios verdaderamente lamentables que Alemania ha eludido de algún modo el cumplimiento del tratado o llegado incluso

a rearmar, me siento obligado a rechazar desde este lugar semejante pretensión como desleal y contraria a la verdad.

No menos inexacta es la pretensión de que Alemania ha dejado de cumplir las obligaciones impuestas por el tratado en *materia de efectivos*. No es cierto, como se pretende, que las secciones de asalto y escuadras de defensa nacionalsocialistas estén en relaciones con el *Ejército*, de modo que vengan a constituir *fuerzas o reservas militares instruidas*.

La irresponsable ligereza con que tales afirmaciones son formuladas, podrá quedar puesta de manifiesto con un solo ejemplo: El año pasado tuvo lugar en Brunn un proceso contra miembros del partido nacionalsocialista de Checoslovaquia. *Peritos jurados* del ejército checoslovaco declararon entonces que los acusados mantenían relaciones con el partido nacionalsocialista de Alemania, se encontraban respecto a él en una situación de dependencia y, aun cuando simples miembros de una *sociedad deportiva*, debían ser equiparados a los miembros de las secciones de asalto y escuadras de defensa nacionalsocialistas alemanas, fuerzas que constituían una *reserva del ejército alemán organizada e instruida por éste*.

En aquel tiempo, no obstante, ni las secciones de asalto ni las escuadras de defensa, lo mismo que el partido nacionalsocialista propiamente dicho, mantenían *relación alguna con el ejército*; eran al contrario perseguidas como *una organización enemiga del Estado, más tarde prohibidas y finalmente disueltas*. Más aun, los miembros del partido nacionalsocialista, de las secciones de asalto y escuadras de defensa, no sólo eran *excluidos de toda función oficial en el Estado*, sino que ni siquiera podían *trabajar como simples obreros en los servicios auxiliares del ejército*. Pero los nacionalsocialistas de Checoslovaquia fueron *condenados, en virtud de esas falsas indicaciones, a severas penas*.

En realidad, las secciones de asalto y escuadras de defensa del partido nacionalsocialista han surgido sin ayuda de nadie, sin apoyo financiero del Estado y muy especialmente del Ejército, sin instrucción militar ni armamento militar de ningún género, respondiendo a *necesidades y consideraciones únicamente inspiradas en el interés del partido*. Su finalidad era y sigue siendo exclusivamente la eliminación del peligro comunista. Su instrucción nada tiene que ver con la instrucción militar, orientada como está hacia la *propaganda*, el fomento de la *cultura popular*, la influencia psicológica sobre las masas y la *lucha contra el terror comunista*. Son, al propio tiempo, instituciones destinadas a crear un verdadero espíritu de *solidaridad social* que permita superar las antiguas rivalidades de clase y a remediar la crisis económica.

Los Cascos de Acero son una organización inspirada en los sentimientos de *tradición y de camaradería* que prevalecían en el frente de batalla y consagrada a la defensa contra la *revolución comunista* que desde noviembre de 1918 nos amenaza. La importancia de este peligro no pueden comprenderla, es cierto, aquellos países que no han tenido, como Alemania, un partido comunista organizado de varios millones y no han sufrido bajo su influencia terrorista. La verdadera finalidad que estas organizaciones persiguen nos lo dicen el carácter real de la lucha que han sostenido y el número de sus víctimas. En pocos años han tenido que lamentar las

secciones de asalto y escuadras de defensa nacionalsocialistas por sí solas, a consecuencia de actos de terror y criminales agresiones comunistas, más de 350 muertos y unos 40 000 heridos. Si ahora en Ginebra se trata de equiparar estas organizaciones constituídas únicamente para fines de política interior a las fuerzas militares, no hay motivo para no hacer lo mismo con los bomberos, las *sociedades gimnásticas*, los serenos, los clubs náuticos y otras sociedades deportivas.

Pero si, al revés de lo que ocurre con estos hombres completamente *desprovistos de instrucción militar*, las reservas militares propiamente dichas de los demás ejércitos *dejan de ser tenidas en cuenta*, si se ignoran las *reservas armadas* e instruidas de los demás países y se cuentan, en cambio, cuando se trata de Alemania, los miembros desarmados de organizaciones políticas — entonces nos encontramos ante *procedimientos que merecen, por mi parte, la más enérgica protesta*.

Si el mundo se propone destruir la confianza en el derecho y la justicia, esos medios no pueden ser más adecuados.

En nombre del Gobierno alemán tengo que declarar lo que sigue: Alemania ha desarmado. Ha cumplido todas las obligaciones que le fueron impuestas por el Tratado de Versalles hasta más allá de las fronteras de la equidad y de la sana razón. Su ejército comprende 100 000 hombres. Los efectivos y el carácter de la policía responden a un convenio internacional.

La policía auxiliar establecida en los días de la revolución tiene carácter exclusivamente político. Su misión consistió en substituir durante los primeros días del nuevo régimen aquella parte de la antigua policía que podía ser considerada como insegura. Su disolución, después del triunfo completo de la Revolución, ha comenzado ya y quedará completamente terminada antes de fin de año.

Alemania tiene con ello moralmente derecho a exigir que las demás potencias empiecen también, por su parte, a cumplir las obligaciones que del Tratado de Versalles se derivan. El principio de la *igualdad de derechos* reconocido a Alemania el pasado mes de diciembre no ha sido hasta ahora puesto en práctica. A la *tesis de nuevo defendida por Francia* según la cual la igualdad de derechos debe corresponder a su *seguridad*, tengo que oponer estas dos preguntas:

1. Alemania ha contraído hasta ahora todas las obligaciones referentes a la seguridad que resultan de la firma del Tratado de Versalles, del Pacto Kellogg, de los tratados de arbitraje, de la declaración de renunciamento a la fuerza, etc. ¿Cuáles son las garantías concretas que Alemania puede ofrecer además, fuera de sus obligaciones internacionales?

2. Frente a esto, ¿con qué garantías cuenta Alemania? Según los datos facilitados a la Sociedad de Naciones tiene Francia 3046 aviones en servicio, Bélgica 350, Polonia 700, Checoslovaquia 670. A estas cifras hay que añadir un número incalculable de aviones de reserva, millares de tanques, millares de cañones de grueso calibre y todos los medios técnicos necesarios para la guerra de gases asfixiantes. ¿No

tendría mucho más derecho Alemania, desarmada y sin defensa, a *reclamar seguridad* que los *estados armados y unidos entre sí por coaliciones?*

A pesar de ello Alemania está dispuesta en todo momento a contraer *nuevos compromisos internacionales de seguridad* siempre que otras naciones estén dispuestas a hacer lo mismo en beneficio de Alemania. Alemania estaría además francamente conforme en prescindir de toda su organización militar y en destruir las pocas armas que le fueron dejadas, siempre que las naciones vecinas quisieran también hacer lo propio. Pero si los otros estados no se avienen a ejecutar el desarme que el Tratado de Versalles les impone, Alemania está entonces obligada a mantener por lo menos su

demanda de igualdad de derechos.

El Gobierno alemán ve en el plan inglés una base posible para resolver esta cuestión. Pero cree, en este respecto, deber exigir que no se le imponga *la destrucción de su actual sistema militar* sin concederle por lo menos una *igualdad de derechos cualitativa*. Alemania debe pedir además que la transformación del actual ejército alemán, cuya forma actual nosotros no queríamos, pero que nos fué impuesta por el Extranjero, se realice paso a paso y al compás de los progresos del desarme en los otros Estados.

Alemania se declara dispuesta, en principio, a aceptar **para el establecimiento de su seguridad nacional un período de transición de cinco años,**

en la espera de que transcurrido dicho período tenga lugar la equiparación real de Alemania a los demás estados. Alemania está asimismo dispuesta sin reservas a *renunciar a las armas ofensivas* siempre que dentro de un determinado período las naciones armadas, por su parte, destruyan también las armas de esta clase y el empleo de las mismas quede prohibido por un convenio internacional. Alemania no tiene más que un deseo: *mantener su independencia* y poder defender sus fronteras.

Según las declaraciones del Ministro de la Guerra francés en 1932 las *tropas coloniales francesas* pueden ser inmediatamente empleadas en el territorio de Francia. Con ello quedan estas tropas sumadas a las *fuerzas militares metropolitanas*.

Es justo, por consiguiente, que sean tenidas en cuenta como parte integrante del ejército francés. Pero mientras, por una parte, esto no se hace, se quieren tener en cuenta, cuando de los efectivos militares alemanes se trata, asocianes y organizaciones de *carácter popular* cuyas finalidades son exclusivamente *educativas y deportivas* y cuya instrucción militar es sencillamente nula. En los demás países, no obstante, tales organizaciones no han de ser tenidas en cuenta en relación con las fuerzas del ejército. *Este proceder es, desde luego, inaceptable. Alemania estaría dispuesta en todo momento, caso de establecerse un control internacional de los armamentos con carácter general, y siempre que los demás estados se hallaran dispuestos a hacer lo mismo, a someter a dicho control las organizaciones citadas, para demostrar así al mundo de un modo irrecusable que no tienen carácter militar. El Gobierno alemán no se opondrá a ninguna*

prohibición de armamentos, por radical que sea, siempre que sea aplicada también a todos los demás países.

Todas estas demandas no postulan la intención de *rearmar*. Son exclusivamente una petición del *desarme* para los demás estados. Saludo de nuevo con complacencia en nombre del Gobierno alemán el previsor e importante *proyecto del Jefe del Gobierno italiano* para establecer entre las cuatro grandes potencias europeas, Inglaterra, Francia, Italia y Alemania, por medio de un plan especial, una relación más estrecha de colaboración y de confianza. El Gobierno alemán hace suya con íntima convicción la concepción de Mussolini y entiende que el aplicarla facilitaría una inteligencia permanente. El Gobierno alemán dará toda clase de facilidades en este sentido, siempre que las demás naciones se hallen dispuestas también a vencer las dificultades que puedan presentarse.

La *propuesta del Presidente de los Estados Unidos Roosevelt*, llegada a mi conocimiento esta última noche, obliga, por tanto, al Gobierno alemán a la más profunda gratitud. El Gobierno alemán acepta el método propuesto para resolver la crisis internacional, pues entiende que sin una solución previa de la cuestión del desarme, toda idea de reconstrucción económica sería a la larga quimérica. Estamos dispuestos a colaborar sin pensar en el propio provecho en la obra de ordenar la situación política y financiera del mundo y tenemos el convencimiento, como ya he dicho al principio, de que la única tarea a la que hoy vale la pena de consagrarse es la de

asegurar la paz del mundo.

Me siento en el deber de declarar que la causa de los actuales armamentos de Francia y de Polonia de ningún modo puede residir en el temor que inspire a dichas naciones una posible invasión alemana. Este temor sólo podría tener su fundamento en la existencia de armas ofensivas. Pero son precisamente estas armas ofensivas las que Alemania no posee — ni artillería pesada, ni tanques, ni aviones de bombardeo, ni gases asfixiantes.

La única nación que, con fundamento, podría sentir el temor de una invasión es Alemania, a la cual, además de serle prohibidas las armas ofensivas, le fueron limitadas las defensivas, impidiéndosele incluso la construcción de fortificaciones para defender sus fronteras.

Alemania está en todo momento dispuesta a renunciar a las armas ofensivas siempre que el resto del mundo haga lo propio. Alemania está dispuesta a participar en todo *Pacto solemne de no agresión* porque no piensa en atacar a nadie y si, solamente, en su seguridad.

Alemania aceptaría con satisfacción la generosa propuesta del Presidente norteamericano, encaminada a garantizar la paz de Europa con el poder de los Estados Unidos, y ve en ella un elemento tranquilizador para cuantos desean sinceramente la paz. No tenemos mayor deseo que el de contribuir a curar definitivamente las heridas de la guerra y del Tratado de Versalles. Para lograrlo Alemania no quiere seguir otro camino que el prescrito en los mismos tratados. El Gobierno alemán desea discutir por medios pacíficos y legales con las demás

naciones todos los graves problemas planteados. Sabemos que toda acción militar en Europa, aun en el caso de un éxito completo, acarrearía sacrificios completamente fuera de proporción con los beneficios.

El Gobierno y el pueblo alemanes no aceptarán, sin embargo, bajo ningún pretexto la obligación de dar su *firma* para nada que represente perpetuar la *descalificación de Alemania*. Toda tentativa de influir sobre el Gobierno o sobre el pueblo por medio de *amenazas* no tendrá la menor eficacia. Es posible imaginar que Alemania contra todo principio del *derecho* y de la *moral sea de nuevo violentada*, pero es inimaginable e imposible que un acto de esta naturaleza obtenga la sanción legal de nuestra firma.

Cuando en *artículos de periódico* y en discursos que son de lamentar aparece contra Alemania la amenaza de *sanciones*, hemos de creer que este monstruoso procedimiento es el castigo que quiere imponérsenos por el hecho de exigir que se *cumpla la parte de los tratados* referente al desarme. Este proceder sólo podría conducir a la definitiva inutilización moral y material de los tratados mismos. Pero Alemania no renunciaría tampoco en este caso a sus pacíficas demandas. Las consecuencias políticas y económicas, el *caos* en que Europa se encontraría precipitada por un proceder semejante, constituiría una inmensa responsabilidad para *aquellos* que tales medios emplearan contra un pueblo que no hace mal a nadie.

Toda tentativa semejante y, asimismo, toda tentativa para violentar la voluntad de Alemania imponiéndole por la simple fuerza de la mayoría una decisión contraria al sentido evidente de los tratados, sólo podría ser dictada por la intención de *alejarnos de las conferencias* internacionales. El pueblo alemán posee hoy, sin embargo, suficiente carácter para, en este caso, no querer *imponer su colaboración a las demás naciones* y, por muy doloroso que esto fuera, aceptar la única consecuencia posible.

Resultaría asimismo muy difícil para nosotros

poder continuar formando parte de la Sociedad de Naciones

como pueblo constantemente repudiado y difamado.

El Gobierno y el pueblo alemanes se dan cuenta de la importancia de la presente crisis. Años hace que desde Alemania han salido voces de aviso sobre las consecuencias políticas y económicas a que habían de llevar los *métodos* aplicados. Si se sigue por los caminos y con los procedimientos hasta ahora empleados, el final no es dudoso. Después de los éxitos aparentes logrados por tal o cual país, serán mayores todavía las *catástrofes políticas y económicas* para todos. Evitarlas es nuestro deber supremo.

Para lograrlo nada se ha hecho hasta ahora de efectivo. Se nos dice que el régimen que nos ha precedido había gozado en el mundo de *ciertas simpatías*. Los efectos y consecuencias de estas simpatías en y para Alemania ya hemos visto cuales eran. Millones de existencias, profesiones enteras en la ruína y un imponente ejército de obreros en paro forzoso — un desolador desengaño cuya profundidad y extensión quisiera hoy dar a comprender al mundo por medio de una sola cifra:

Desde el día de la firma de ese tratado, obra de paz que habla de ser la piedra angular de una nueva era de bienestar para todos los pueblos, 224 900 seres humanos se han suicidado en Alemania casi exclusivamente por motivos de carácter económico. Hombres y mujeres, ancianos y niños, testigos incorruptibles, acusadores contra el espíritu y el cumplimiento de un tratado cuya aplicación fue esperada, no solo por el resto del mundo, sino también por millones de alemanes, como una promesa de bendición y de ventura.

Ojalá que las otras naciones puedan también comprender la voluntad inquebrantable de Alemania para poner fin a un período de humanos errores y encontrar el camino que conduzca finalmente a la reconciliación de todos sobre la base de la igualdad de derechos.

El Canciller Adolf Hitler

ante los Gobernadores regionales en la Cancillería del Reich.
Berlín, 6 de Julio de 1933 *).

Los partidos políticos han quedado ya definitivamente eliminados. He aquí un acontecimiento histórico de cuya importancia y alcance no se dan muchos perfecta cuenta. Debemos eliminar ahora los últimos restos de la democracia, en particular los métodos de votación y los acuerdos de las mayorías, tal como se ven hoy con frecuencia en las comunidades, en las organizaciones económicas y en los comités de trabajo, y que en todas partes hacen valer la responsabilidad de la personalidad individual.

A la conquista del poder exterior ha de seguir la educación interior del individuo. Hay que tener cuidado de no adoptar de hoy a mañana resoluciones puramente formales y esperar de ellas una solución definitiva. Los hombres son capaces de doblar fácilmente la forma exterior y darle su propio sello espiritual.

Sólo podrá transmutarse cuando haya personas adecuadas para ello. Son más las revoluciones ganadas en el primer asalto, que las ganadas captadas y detenidas.

La revolución no es ningún estado permanente, no debe convertirse en estado duradero. Hay que conducir la corriente libre de la revolución al lecho seguro de la evolución. *Lo más importante en tal caso es la educación del hombre.* El estado actual debe ser mejorado, y los hombres que lo encarnan deben ser educados en el concepto del Estado nacionalsocialista. No hay que destituir a un economista cuando sea buen economista, mas no nacionalsocialista, sobre todo si el nacionalsocialista que se va a poner en su lugar no sabe nada de economía.

Lo decisivo en la economía son los conocimientos, el saber.

La misión del nacionalsocialismo es garantizar el desenvolvimiento de nuestro pueblo. Pero no hay que andar buscando si aun hay algo que revolucionar, nuestra misión es más bien asegurar posición tras posición, a fin de sostenerla y ocuparla paulatinamente de una manera ejemplar. Tenemos que ceñir a esto nuestros actos por muchos años y contar en intervalos muy largos. *Con disposiciones*

*) Texto oficial abreviado.

unificadoras teóricas no le proporcionamos pan a ningún obrero. La Historia no emitirá su juicio sobre nosotros según que hayamos destituido y encarcelado al mayor número posible de economistas, sino según lo que hayamos logrado para proporcionar trabajo.

Tenemos hoy el poderío absoluto para imponer nuestra voluntad.

Pero conviene que las personas destituidas sean substituidas por otras mejores. Al economista hay que juzgarlo en primer término según sus facultades y capacidades económicas, y claro está que debemos mantener en orden el aparato económico. Con comisiones, organizaciones, construcciones y teorías económicas no eliminaremos nunca la falta de trabajo. Lo que importa ahora no son programas e ideas, sino el pan diario para cinco millones de hombres. La economía es un organismo vivo que no se puede transformar de un golpe. La economía se desarrolla conforme a leyes primitivas que arraigan en la naturaleza humana. Los porta-bacilos intelectuales que procuran penetrar ahora en la economía, ponen en peligro al Estado y al pueblo. No hay que rechazar la experiencia práctica por estar contra una idea determinada. Si nos presentamos con reformas ante el pueblo, tenemos que demostrar que entendemos las cosas y las podemos dominar.

¡Nuestra misión es: trabajo, trabajo y más trabajo!

De la consecución de trabajo obtendremos la más fuerte autoridad. Nuestro programa no se ha hecho para hacer hermosos gestos, sino para conservarle la vida al pueblo alemán. Las ideas del programa no nos obligan a proceder como locos y revolverlo todo, sino realizar prudente y precavidamente nuestro ideario. La seguridad política será a la larga tanto más grande cuanto más logremos cimentarla económicamente. Los gobernadores regionales están obligados a cuidar y serán responsables de que no haya organizaciones ni partidos, de cualquier naturaleza que sean, que se arroguen facultades gubernamentales, que destituyan a personas y ocupen cargos cuya competencia incumbe exclusivamente al Gobierno del Reich, o sea al Ministro de la Economía en todo lo que a esta se refiera. *El partido es ahora el Estado. Todo el poder yace en manos del ejecutivo. Hay que impedir que el centro de gravedad de la vida alemana vuelva a emplazarse en sectores aislados o tal vez en organizaciones. Ya no hay más autoridad de una región o territorio parcial del Reich, sino únicamente del concepto de pueblo alemán.*

Casa Editorial Liebhert & Thiesen, Berlin SW19

Teléfono: A 6 Merkur 2866 · Niederwallstraße 16 · Cuenta Cheque postal: Berlín 35309

La Joven Alemania quiere Trabajo y Paz

Colección de los discursos
del Canciller Adolf Hitler
Texto oficial

Publicados primeramente en

**alemán
español
francés
holandés
inglés
portugués**

En preparación en otros idiomas

**De venta en todas las Librerías y en la
Editorial Liebhert & Thiesen, Berlin SW 19**

En rústica: Mcs. 1,50 más el franqueo

Envío únicamente contra reembolso

L A O B R A

que ocupará siempre un puesto de honor en la Historia

ADOLF HITLER

MI LUCHA



Las vicisitudes de su vida y las consecuencias que sacó de ellas, las describe Hitler en los dos tomos de su obra "Mi Lucha". Únicamente quien la haya leído será capaz de comprenderlo a él y su movimiento, pues el destino del hombre Hitler es la clave del político Hitler — del político cuyas convicciones germinaron y crecieron no a la mesa de conferencias, sino en medio de la vida.

800 páginas / En tela: Mcs. 7,20 / A la holandesa en 2 tomos a Mcs. 2,85

Esta obra se publica en alemán e inglés

De venta en todas las Librerías

EHER-VERLAG / MUNICH / BERLIN

VOELKISCHER BEOBACHTER

Organo central del movimiento nacionalsocialista de la Alemania grande
el diario competente del pueblo alemán

Redactor-Jefe: Alfred Rosenberg, Miembro del Reichstag

Ediciones anexas:

El Ejército pardo
Defensa política y Nacional
En la lucha por la Sangre y el Suelo
La lucha por la educación alemana
Política obrera alemana
Panorama alemán
La juventud a la vanguardia
El Movimiento femenino alemán
Raza, Pueblo y Estado

El V. B. publica dos ediciones:

Edición nortealemana: Suscripción mensual
Mcs. 2,60 más Mcs. 0,36 franqueo postal

Edición sudalemana: Suscripción mensual
Mcs. 2,60 más Mcs. 0,36 franqueo postal

Para números de prueba gratis dirigirse:

Zentralverlag der N.S.D.A.P., Franz Eher Nachf. G.M.B.H.
Munich 2 NO • Thierschstraße 11 • Berlin SW 68 • Zimmerstraße 88